

NO PODRÁS DORMIR

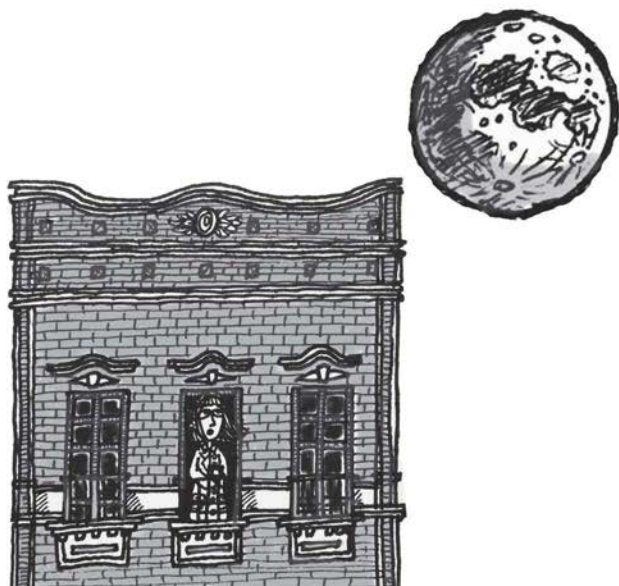
Antología de cuentos de terror



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

No podrás dormir

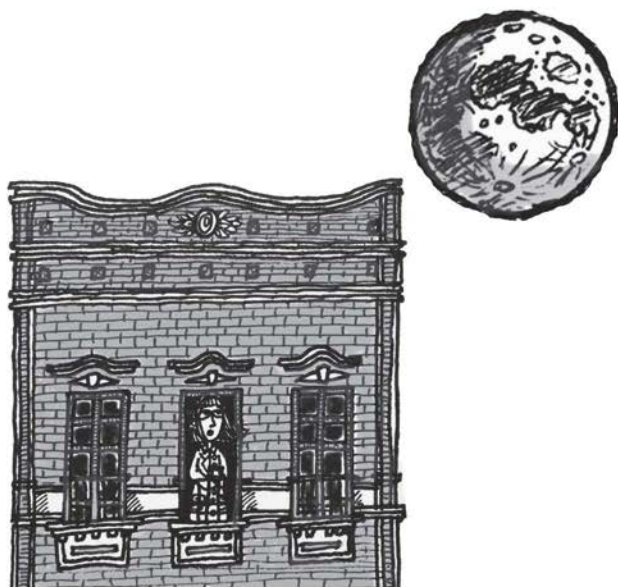
Antología de cuentos de terror



No podrás dormir

Antología de cuentos de terror

Ana Luisa Anza, Vicky del Río, Alba Nora Martínez, Víctor Olguín,
Paulino Ordóñez, Gabriela Riveros Elizondo, Yarezi Salazar, Jorge
Alberto Silva y Raúl Silva Mauricio



Ilustraciones de Ahuizotl Gutiérrez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Rogelio G. Garza Rivera
Rector

Carmen del Rosario de la Fuente García
Secretaria General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

Oscar Islas Quezada
Diseño

Casa Universitaria del Libro.
Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
editorialuniversitaria.uanl.mx · editorial.uanl@uanl.mx

Primera edición, 2017
© Por los textos, Ana Luisa Anza,
Vicky del Rio, Alba Nora Martínez, Víctor Olguín,
Paulino Ordóñez, Gabriela Riveros Elizondo, Yarezi Salazar,
Jorge Alberto Silva, Raúl Silva Mauricio.
© Por las ilustraciones, Ahuizotl Gutiérrez.

ISBN: 978-607-27-0782-5
Reservados todos los derechos conforme a la ley.
Prohibida la reproducción total y parcial de este texto
sin previa autorización por escrito del editor.

IMPRESO EN MONTERREY, NUEVO LEÓN, MÉXICO.
PRINTED IN MONTERREY, NUEVO LEÓN, MEXICO.

Contenido

Lentes	
RAÚL SILVA MAURICIO	7
La lectora transparente	
ALBA NORA MARTÍNEZ	17
Por una podadora	
GABRIELA RIVEROS	33
Cómo desaparecer completamente	
JORGE ALBERTO SILVA	45
No estoy sola...	
ANA LUISA ANZA	59
La maldición de las dos de la tarde	
YAREZI SALAZAR	65
Se llamaba María	
VICKY DEL RÍO	73
Televisión en vivo	
PAULINO ORDÓÑEZ	85
Ofrendas a la noche	
VÍCTOR OLGUÍN LOZA	91

LENTES



Raúl Silva Mauricio

I

De abuela aprendí todo lo que conozco. Mamá siempre me dejaba en su casa, a donde llegaban mis primos después del colegio. Ella nos dijo un día que el miedo era un invento de nuestros padres para acostarnos temprano. A lo mejor por eso nos mandaba a sentar en el piso alrededor de la mecedora para contarnos historias que ponían los pelos de punta. O no. Quizá sólo quería entretenernos cuando hablaba de los muertos que flotaban en el río el día de la inundación o al darnos los detalles de cómo su abuela curandera tumbó a una bruja con un rezo y un rosario en la mano.

A lo mejor lo único que quería era pasar un rato cerca de nosotros.

Mamá siempre discutía con ella. No le gustaba que me contara cuentos de misterio porque luego decía que yo no podía dormir sola.

-Cuidado que no les entre al cuerpo -decía abuela bajando la voz y acercando su cara hacia los más pequeños- porque cuando el miedo les atraviesa los ojos o se les cuele por las orejas, tengan cuidado: es el momento de rezar.

Luego se llevaba el cigarro a la boca. Tosía.

–Deben cuidarse de no estar solos, porque cuando el miedo trepa por el cuerpo, llega al corazón y lo cubre como una nube a la luna, ahí ya no hay remedio. El mal te atrapa, te embruja las piernas, hace que las manos se te enfríen, igual que las de un muerto. No podrás dormir. Luego, el miedo te empezará a comer despacio, sin que te des cuenta, con tus propios dientes; te arrancará pequeños pedacitos de carne, desde las uñas hasta la boca.

Todos mis primos salían corriendo a buscar a la nana. Abuela alcanzaba a sujetarme con sus brazos y me decía que no llorara. Me abrazaba y se reía a carcajadas.

–No te asustes de estas cosas, hija -me decía cuando ya no había nadie.

–No es a los muertos a los que debes temer.

II

Al morir, abuela me dejó unos lentes. Lo dijo en la carta que le dictó al abogado en el hospital. Cuando se vino el invierno y su salud empeoró, ella lo mandó llamar. Los doctores nos pidieron salir, mamá y yo fuimos a la cafetería y cuando regresamos, ya no nos dejaron entrar.

Después de que enterramos a abuela, mamá dijo que teníamos que ir a su casa. Ahí llegaron mis tíos con mis primos. Esa reunión fue diferente a las otras porque todos se portaron de una forma muy diferente a como lo hacen en las fiestas que te-

níamos en casa de abuela. No platicaron de nada, tampoco se veían tristes por lo que acababa de pasar, ni siquiera se miraron a los ojos. Al entrar a la sala nadie se saludó. Mis primos se sentaron en el sillón a jugar con sus tabletas. Alfaro, que siempre contaba chistes y hacía enojar a sus hermanos, entró muy serio a la cocina y abrió el refrigerador. Volvió a la sala con una botella y dos vasos de vidrio. Le compartió uno a tío Ele. Yo creí que ellos estaban peleados, porque en la última fiesta mi tío se enojó cuando Alfaro se rio de él y le apuntó con el dedo: “Ele es un pelele, Ele es un pelele...”, le dijo.

A mí me dio mucha risa. No entendí por qué no se rieron los demás. Esa noche mamá me mandó a dormir temprano al cuarto de abuela. Me advirtió que los chistes de Alfaro no eran para nada graciosos.

El abogado llegó cuando mis tíos empezaban a pelearse por lo que abuela había dejado. Luego se pusieron serios y escucharon la lectura de la carta. Abuela había dejado escrito que cuando ella muriera, los caballos y el rancho serían para mi mamá. Al escuchar la última voluntad, tía Lilia se apretó las trenzas y fingió llorar. Tío Ele se mordió los dientes, porque pensaba que esas propiedades y los animales eran para él. Siempre los quiso. Alfaro se puso furioso cuando supo que la fábrica de madera era para Ele. A él sólo le dejó una casa. Mamá se enojó al saber que no podía vender lo que le había dejado. Tía Lilia no paró de llorar cuando escuchó que la herencia de ella sería donada a la iglesia.

Aunque a mis primos no les dejó nada, ellos no se enojaron por lo que ella escribió para mí. “También ha de ser mi voluntad

el que mi nieta Susana use los lentes que le dejo y que un médico dará fe de que los necesita...”

Aquellas palabras me hicieron pensar en las veces que abuela discutía con mamá por mi corta uista.

“No es que vea mal. Es el sol que le pega de frente”, contestaba mamá.

“Es medio torpe, no le hagas caso. Se parece a su papá”, decía al verme tropezar en la escalera.

“Está chiflada, quiere llamar la atención”, explicaba.

III

La primera vez que me los puse sentí la diferencia. Pude leer mejor los libros y concentrarme en las clases. En el salón, las sombras que veía a través de la ventana desaparecieron. En los pasillos del colegio ya no me mareaban los bultos oscuros o las siluetas que corrían por las escaleras. Las figuras que me hacían correr de miedo en la casa de abuela ya no se volvieron a aparecer. Las cortinas del cuarto dejaron de asustarme. Ya no hacía caso a las ramas de los arbustos que se movían en el jardín, arañándome la ropa. Todas aquellas figuraciones desaparecieron.

Esa noche, al llegar a la casa, me quedé dormida con ellos puestos y soñé que abuela me arrullaba como cuando se quedaba en la mecedora:

No temas a los muertos,
pequeña de mi vida,

tus ojos bien abiertos
sabrán bien quién te cuida...

En algún momento de la madrugada desperté cubierta de frío. Estaba confundida. No supe distinguir si era por el clima encendido toda la noche, porque no tenía una cobija cerca o por lo que acababa de soñar. Temblaba, sentía duros los huesos, me dolía el cuello y los lentes me apretaban una de las orejas. Tardé un tiempo en aceptar que Alfaro y tío Ele no estaban conmigo, que todo había sido parte de un mal sueño. Parecía tan real el golpe de la camioneta y los vidrios regados por el piso, que podía oler la sangre en sus cuerpos y la gasolina regada en la carretera. Escuché en mi oído los gritos de Alfaro cuando intentaba revivir a tío Ele. Todo parecía tan real.

Me quité los lentes, dejé la cama y fui al baño. Regresé a dormir al cuarto de mamá. Tenía la advertencia de no despertarla. Al entrar, caminé despacio hasta que me acostumbré a la oscuridad y cuando pude ver, me di cuenta de que mamá no había llegado. Su cama estaba tendida. Me acosté para esperarla y no recuerdo cuándo me quedé dormida.

IV

Por la mañana, no fue la luz de la ventana sino la voz de mamá la que me hizo despertar de golpe.

–Levántate. Tu tío Ele y Alfaro están en el hospital. Anoche tuvieron un accidente.

Con la cabeza llena de dudas, incapaz de confesar que lo había soñado, que lo supe desde la madrugada o que me enteré quién sabe cómo, me alisté para salir. Por las prisas se me olvidaron los lentes. Al llegar al hospital me puse al final de una larga fila de personas heridas que intentaban entrar para atenderse. Mamá siguió de largo, hasta que se dio cuenta de que no me llevaba consigo. Regresó enojada.

—¿Qué haces ahí? ¿Cuál fila? ¡Apúrate, que no tengo tiempo!

El elevador iba lleno. La gente entraba y salía a cada momento. En los pasillos y en las salas, pacientes y enfermeras cruzaban de un lado a otro, haciendo movimientos y ademanes extraños que no alcanzaba a distinguir. Cuando llegamos al cuarto, esperé en el sillón, al lado de mis primos. Ellos alzaron la vista y volvieron a hundir la cara en los aparatos. Yo estaba a punto de interrumpirlos para contarles lo que había soñado, pero al fondo del pasillo escuché la voz de tía Lilia. Era raro verla fuera del cuarto. Me acerqué para saludarla pero ella se quitó el sombrero que llevaba puesto y con él me tapó la cara. Yo estiré las manos, creyendo que era un juego. Le agarré las orejas. Al subir las manos descubrí que no era la tía porque sentí una cabeza lisa, fría y sin cabello. Quise alejarme de prisa, pero me abrazó con fuerza. Aquellos brazos que me sujetaban eran tan delgados como carrizos. Sentía la piel y los huesos. Su bata, los hombros y la cara estaban llenos de sangre. Era el mismo olor que tuve cuando soñé a mis tíos. Ella lloraba y se limpiaba la nariz con mi hombro. Yo hubiera querido gritar, confundir mis gritos con los que venían del fondo

del pasillo. Quería pedirle a abuela que volviera, que me enrollara en sus brazos y me sacara de esa pesadilla, que alejara las sombras y se llevara el miedo. Acercó su aliento a mi oído y me dijo con voz suave algo que no pude escuchar bien.

–Dile a tu mamá que...

De repente sentí una sacudida en el brazo. Era mamá. Había salido del cuarto y me regresó a estirones a la sala de espera.

–¿Cómo se te ocurre enredarte entre las sábanas? Las camillas están sucias. ¡No vuelvas a alejarte de aquí!

Mamá lloraba al salir del hospital. Le pregunté por tía Lilia y me respondió enojada que no sabía, que no era su nana. Luego me volvió a regañar porque no le hago caso cuando me da indicaciones. Me quedé callada en todo el camino. De nada serviría decirle lo que estaba ocurriendo.

V

He uuelto a conocer el miedo. Mamá no llegó a dormir anoche. Todavía no sé nada de ella. Les hablé a sus amigas y nadie sabe dónde encontrarla. No quise hablar a la policía. Me quedé dormida con los lentes puestos y acabo de despertar. El teléfono suena. El miedo se metió en mis huesos, se confundió con el frío y ahora me persigue a todos lados. Está dentro. Me ha atravesado el corazón como una flecha caliente. Me come las uñas con mis propios dientes. Siento hormigas en los brazos. No puedo moverme. Las uñas de los dedos me duelen. Me arden los ojos. No quiero

escuchar el sonido del teléfono. Tengo las piernas embrujadas, las manos frías. Mamá no volverá.

Me quité los lentes. No pude soportarlo. No quise seguir viendo aquello. Los eché al piso y los pisé hasta romper los cristales. Los tiré a la basura. Ahora el teléfono vuelve a sonar. No quiero contestar esa llamada. Abuela, ayúdame. Ya no quiero saber más.

La lectora transparente



Alba Nora Martínez

“**I**lsa me llevó a ver el mundo de las sombras. Fui con ella hasta la entrada.” Por más que se lo decía, no me querían o no me podían entender. Yo tenía mucha fiebre. Mi madre preocupada le preguntó a mi abuela:

–Mamá, ¿qué tiene Andrés? ¿Qué le pasa? ¿Qué comió?

–Hija, pues no sé qué comería en el festival del campamento.

–¿No le habrán hecho ojo? Se veía tan chulo disfrazado de mosquetero.

Yo no tuve las fuerzas suficientes para decirle que no me veía chulo, que yo ya era un hombre de 10 años, y que fui con Elsa al mundo de las sombras.

–Déjame, hija, llamo a Pepita para que lo cure con un huevo. Ve preparando las velas y un platito con sal y otro con agua.

Cuando mi abuela regresó con Pepita yo seguía muy malo. Apenas recuerdo la voz de la curandera preguntando:

–Doña Herminia, ¿pues qué le pasó al niño? Dice su mamá que parece que le hicieron ojo. No. No, doña Herminia, este niño está espantado. Nomás mírele la cara y los ojos.

–Mire, Pepita, pues yo no sé de eso, pero estaba helado.

–Ay, mamá, con tantos libros que le traes y le compras y le regalas, este niño ha desarrollado mucha imaginación.

–Es que está delirando -dijo Pepita-. Y dale con la Ilsa y las sombras esas. ¿Qué ya tiene mucho con eso?

–No tanto, cuando tomamos el camión se me figuró extraño, pero no tenía fiebre, sólo estaba muy serio y pensativo.

–¿Habrás visto un espanto este niño, doña Herminia?

–¡Tengo años limpiando la casa de la editorial y yo nunca he visto nada!

–¿Nada? -Pepita le preguntó a mi abue.

–Bueno, en el tapanco dicen que se aparece una niña.

–¿Se aparece?

–No sé cómo, pero que la ven de repente de reojo.

–¿Y qué hace la niña?

–En la noche tira los libros, o las hojas, o los lápices. A los editores les dijeron que le pusieran juguetitos, que eso hacían los de la agencia de viajes que rentaban la casa antes de que fuera editorial, y parece que con los juguetitos se calmó y ya no hace tiraderos. Si dejan flores las desparrama por todo el cuarto.

–¿Nomás eso? -preguntó Pepita.

–A los guardias no les gusta ir para la casa en la noche. Dicen que alguien camina y brinca en el tapanco, como que alguien salta a la cuerda, otras veces camina a la pata coja o como que juega bebeleche o avión. Yo llego muy temprano y hago mi trabajo, yo no sé.

–Ay, doña Herminia, usted debe de saber algo más, dígamelo.

–También me encontraba los libros para niños, en la mañana, todos desparramados por el suelo, pero hace como dos o tres semanas que ya no... ya no pasa eso.

–Le pregunto, doña Herminia, porque ya de que me dicen yo no sé, siempre hay algo más. Mire no le tenga miedo, seguro es una almita buscando la luz para descansar.

Pepita me curó del mal de ojo, por si acaso, pero ella insistía en que yo estaba espantado, y que en el huevo había salido una figura como de una niña vestida de blanco y con un velo. Al rato regresó y me curó con alumbre y unas ramas mojas que me pasó por todo el cuerpo. Me amarró unas hebras rojas en las muñecas, me colgó un cuarzo, un ojo de venado y me puso unas ramitas detrás de las orejas. Tan pronto pude me quité todo eso. Las hebritas se ven chidas y me las dejé.

Estas vacaciones del verano de 2014 han sido las mejores de mi vida. Yo había planeado descansar y quedarme solo todo el día en la casa, pero eso era exactamente lo que mis padres no querían que pasara. Tuve que ir con mi abuela a la editorial donde trabaja limpiando las oficinas. En los patios de la editorial que está en una casa muy grande del centro de Monterrey, cada año organizan un campamento de verano para niños. A mi abuela por ser empleada le hacen un descuento y, como mi pasatiempo favorito es leer, mi madre no dudó que era la mejor forma de que yo pasara el verano ocupado y para evitar que me saliera a la calle y me secuestraran (¿quién va a querer secuestrarme?). O peor, para prevenir que pasara todo el día leyendo, sin que me diera el sol ni el aire.

Quien me convirtió en lector fue mi abuela, ella me trae libros de la editorial. Cuando yo no sabía leer, se sentaba a leerlos conmigo, me señalaba con un lápiz la palabra que leía y ni cuenta nos dimos, pero un día, antes de estar inscrito en la escuela empecé a leer de corrido. Ahora que tengo 10, la maestra me pone de ejemplo y gané el concurso “Devorador de Libros”, por haber sido el mejor lector de mi clase. No entiendo por qué a mis padres les preocupa que me guste leer.

Así fue que la abuela quedó a cargo de llevarme de ida y vuelta del campamento. Todas las mañanas los dos tomábamos el camión en la esquina de la casa y en él llegábamos hasta la Plaza de la Purísima, desde ahí caminábamos tres cuadras para llegar a la editorial.

Todos los días al llegar a la casona (así le dice mi abue) ella se detiene a saludar a los guardias. Siempre llega antes de su hora de entrada para poder sentarse a platicar con ellos en la caseta y tomar su segunda taza de café del día. Cuando la acompaño trato de quedarme un rato ahí, porque me gusta escucharlos quejarse y chismear. En cuanto mi abue se da cuenta de que estoy muy interesado con las pláticas de “que los libros tirados por el suelo”, “que nosotros no vamos para allá en la noche”, “que las alarmas y las luces que se prenden y se apagan” “y dizque que espantan y se prenden las computadoras.” Y “que éste y ésta.” Nunca falla, mi abuela me ordena, siempre en lo más interesante de la plática: “Vete a sentar a una banca del jardín y ahí te esperas. ¿Traes tu libro?” Cuando mi abuela y mi mamá chismean, mi mamá dice: “Cuidado que este niño ya está de oreja.” Una vez le dije:

–Pues sí, a mí me gusta estar de oreja, oyendo lo que ustedes platican.

–Qué oreja ni qué oreja, no son cosas de niños, váyase a hacer sus cosas.

No hay más remedio, me tengo que ir a otro cuarto y durante el campamento, a la banca del jardín. Como a mí me gusta colaborar con los ilustradores, me pongo a dibujar mandalas en las hojas en blanco que vienen al final de los libros y luego las coloreo. También me gusta decorar las páginas con mis dibujos y dibujar la cara de los personajes o los animales. Las naves espaciales y carros me salen chidos. Las escenas de acción las hago súper reales. Mis personajes se parecen más a lo que dice el libro. Cuando las ilustraciones están en blanco y negro yo les pongo su toque de color.

Un día de esos en que no me querían de oreja en la caseta, mi abuela me despachó a la banca, pero no pude sentarme porque se las habían llevado a pintar, así que me fui a matar el tiempo en una de las mesitas de la terraza junto a la ventana de los libros para niños. Saqué mi libro de la mochila, en la que se habían mezclado todos los lápices y el lonche. Para variar, el yogur se había salido de la bolsa de comida. Cuando terminé de limpiar el mugrero, escuché un tac, tac, tac en la ventana. No hice caso y fui al basurero a tirar las servilletas, estaba muy ocupado en poner orden en el agujero negro que cargo a mi espalda todos los días (así le dice mi mamá a mi mochila). Otro tac, tac, seguido de un tac-tactactactac. Cuando levanté la vista vi por primera vez a Ilsa. Bueno, entonces no sabía que se

llamaba Ilsa, mejor diré que vi a una niña muy pálida que me hacía señas para que me acercara a la ventana. "Quiero ver lo que traes." Al principio fue chistoso, Ilsa no movía los labios y yo la entendía, era como si hablara. Luego me di cuenta de que nos comunicábamos a través de simple y pura telepatía. ¡Qué chido! Sólo por eso le hice caso, porque la verdad a mí no me gusta andar de amigo de niñas. "Ven conmigo." "¿Y cómo entro? Está cerrado." "Te espero en la puerta, la abro y me enseñas lo que traes." Me hizo la seña con la cabeza de que fuera a la puerta principal de la casona. Para que te ubiques, la ventana de los libros infantiles está en lo que fue la sala de la casa y la puerta se encuentra a unos cuantos metros en el vestíbulo de la entrada. Abrió la puerta y con la mano me indicó que la siguiera hasta la ventana de los libros infantiles. Mi rincón favorito de la casona. Algunas veces me cuelo hasta ese lugar a esperar a que mi abue termine su trabajo. Algunos libros estaban desparramados en el piso. Los hicimos a un lado para poder sentarnos. Ilsa me dijo: "Enséñame lo que traes." Lo único que le interesó del agujero negro fueron mis dibujos. "A mí sólo me gustan los libros con dibujos porque no sé leer." "¿No sabes leer? Yo te enseño. ¿Oye, por qué este tiradero de libros? Mi abue los tiene que recoger." "Porque me da coraje no poder leerlos y los tiro." "Eres muy corajuda, los libros se deben tratar bien." "Pues ya me prometiste enseñarme a leer. Yo prometo no tirar los libros."

En eso estábamos cuando se armó un gran alboroto. Al llegar a trabajar los empleados del mostrador encontraron la

puerta abierta, la alarma desconectada y a mí sentado entre libros. Ilsa huyó por las escaleras, sus pies parecían no tocar el piso, era como si volara. Luego escuché que me gritaba: “No les digas que estoy aquí.” Vinieron los guardias y me hicieron mil preguntas. Llegó mi abuela y me echó unos ojos de esos de “ya verás cuando llegemos a la casa.” Mientras los guardias y el personal se culpaban unos a otros:

–Es que no cierran bien.

–Pues entonces para qué están ustedes.

–Y si está abierto pues cierren.

Todo terminó cuando en el video vimos cómo entré en la casa por la puerta que se abrió por sí sola.

–¿Pos sería que la dejaron emparejada y con el aire...?
-aventuró el guardia.

Y luego en el video de registro sólo aparecía yo sacando las cosas de mi mochila y viendo mis dibujos y los libros. No se veía a Ilsa por ninguna parte.

–¿Bueno y qué fue ese alarido que se oyó en el instante en que entramos?

–Tú, que estabas adentro de la casa tuviste que escucharlo.

–No, yo no. No.

No les mentí cuando dije que yo no escuché un alarido, pues yo sólo oí lo que Ilsa me pidió y por lo tanto no se lo iba a decir.

–Pues ¿por qué no llaman a los de las alarmas?

–Siempre los llamamos pero nunca saben qué es.

De buena suerte mi abue no me acusó. En el camión me dijo:

–No te preocupes, es su culpa, no cierran bien la puerta.

Mi abue es súper buena onda.

El campamento generalmente es muy divertido, pero el día que conocí a Ilsa no me pude concentrar en nada, ya que cada vez que desviaba la mirada hacia la casona la veía en la ventana haciéndome señas con las manos. Al día siguiente, al llegar a la editorial me detuve un poco en la caseta de los guardias para no despertar sospechas. Moría de ganas de correr a hablar con Ilsa, pero me quedé quieto hasta que mi abue me pidió que me fuera a la banca o, mejor dicho, que los dejara chismear a gusto. Claro que no me fui a sentar a la banca, sino que regresé a la ventana. Ahí estaba Ilsa. “Pensé que se te había olvidado que me vas a enseñar a leer.” Y me hizo la seña de que fuera a la puerta. Me negué moviendo la cabeza. Luego pensé “¿Qué, quieres armar otro escándalo como el de ayer?” “Entonces ¿cómo me enseñas a leer?” “Pues tú ven aquí.” “No, yo no puedo salir, la última vez que me salí sin permiso me caí desde el balcón al patio.” “¿Guau, tres pisos? Pero ya vi lo que tú puedes hacer y cómo caminas volando.” “Lo que puedo hacer ahora, claro que no lo podía hacer cuando me caí del balcón, y porque me caí del balcón es que hago lo que hago ahora.” “Hablas como trabalenguas.” “Me llamo Ilsa ¿y tú?” “Andrés.” “Me vas a enseñar a leer o qué.” Ilsa era bastante mandona, ya iba viendo que tenía que cumplir mi promesa o no me dejaría en paz durante todo el campamento. “Sí te enseñé pero me dejas en paz cuando esté en el campamento.” “Te ves muy guapo cuando actúas y más cuando lees. ¿Sabes que le gustas a Rosalinda?” Al final, Ilsa

era como todas las niñas, i-g-u-a-l-i-t-a de molona. Bueno, Ilsa era diferente porque estaba demasiado pálida y se vestía muy raro. “¿Por qué usas ese vestido largo y tienes ese velo y esas flores en la cabeza?” “Con este vestido hice mi primera comunión. ¿Me vas a enseñar a leer o no?” Se me ocurrió que ella se sentara en el dintel de la ventana y yo en la mesa. Y como podíamos entendernos sin hablar, yo le leería un libro y con un lápiz le señalaría las palabras, así ella aprendería a leer como aprendí yo. Al principio Ilsa se desesperaba, pero poco a poco se fue adaptando e interesando en las historias y empezó a distinguir las diferentes sílabas, palabras y luego a leer por su cuenta.

Todos los días yo llegaba corriendo a la mesa de la terraza donde Ilsa me esperaba para enseñarme el libro que había leído la noche anterior, y yo ya ni me tomaba la precaución de quedarme de oreja en la caseta, pues en cuanto llegaba a la casona corría a ver a Ilsa.

“Mañana es el último día del campamento. Ya vamos a volver a la escuela.” Temía que Ilsa hiciera un berrinche como era su costumbre si las cosas no eran como ella las quería. “No me importa, al cabo yo ya me voy a ir.” “¿Tú también vas a la escuela?” “No, yo ya me puedo ir”, me dijo contenta. “¿A dónde?” “No te puedo decir.” “Me choca que me oculten las cosas, que no me dejen oír el final de las pláticas, que me interrumpan para que vaya a comer, que me duerma cuando está a punto de resolverse una historia o cuando estoy a punto de ganar un videojuego. Es que eres muy mala y no quieres de-

cirme.” Ilsa se agitó mucho, nunca la había visto así, parecía estar siempre en control de todo. “No. No digas eso. No soy mala. Fui desobediente, por eso me caí del balcón, pero ya puedo irme. Yo ya quiero irme. ¡Ya aprendí a leer! Mi hermana sabía leer. Eso me faltaba. Tenía que hacer algo importante antes de irme. Así lo decidí.” “¿Qué decidiste?” “Andrés, no entiendes que estuve muy poco tiempo en este mundo y no podía, ni quería irme sin hacer algo, algo antes de irme... y ya estaba creyendo que nunca lo lograría.” “Sí, sí. Y qué, eso no me dice nada de a dónde vas.” “¿De verdad quieres saber? Qué bueno porque me da miedo caminar por el sótano. Por no cruzar por ahí me caí del balcón. Me da miedo el sótano porque la mujer que nos cuidaba cuando mis papás se iban de viaje me encerraba ahí. Me da mucho miedo el sótano. Si quiero irme tengo que vencer mi miedo y salir por ahí. Ya sé, si de verdad quieres saber a dónde me voy. Mañana, cuando todos los del campamento se hayan ido, te espero en la entrada del sótano, por la puerta chiquita de atrás.” “Sale”, le dije, bueno, pensé... “Ahí te veo”, y me fui a trabajar en mi disfraz de mosquetero.

El último día de campamento leímos nuestros poemas, actuamos en obras de teatro, cantamos y exhibieron los trabajos de arte. Mi mamá pidió permiso en su trabajo y pudo llegar a tiempo para verme actuar como uno de los tres mosqueteros, pero no pudo quedarse a la comida.

Mientras mi abue ayudaba a recoger los restos de papeles y basura de la fiesta, yo aproveché para escabullirme hasta la puerta trasera que da al sótano. La encontré entreabierta

y dudé en entrar. En eso escuché a Ilsa: "Andrés, acá estoy." Entré y la vi parada en la parte alta de la escalera, junto a la puerta. Caminé hasta el primer escalón y le pedí que bajara. Lo hizo en un segundo, y me volvió a parecer que más que caminar se deslizaba por los escalones, parecía una mariposa transparente, con su vestido largo y deshilachado, su velo lleno de agujeros y una corona de flores bastante maltratada. Cuando llegó a mi lado me tomó de la mano, estaba tan helada que sentí un escalofrío. "¿No tienes miedo?" Tratando de hacerme el valiente le dije que no y que su mano estaba tan helada como una paleta. Nunca antes la había tocado. El sótano estaba oscuro, pero podía ver que la cara de Ilsa, más que blanca era... no sé, como de vidrio transparente y brillaba. "Vamos Andrés, me alegro mucho de tener un amigo como tú, un día espero encontrarnos de nuevo." "Sí, seguro nos veremos", pensé. "Gracias que me acompañas, y ahora verás a dónde me voy." Caminamos entre las cajas de los libros, yo me tropezaba con algunos que habían quedado tirados por el suelo, Ilsa abrió una puerta y entramos en una especie de armario, me apretaba mucho la mano con su mano helada, dándome y dándose ánimo. "No tengas miedo, yo ya no lo tengo y eso que aquí me encerraba la mujer esa. Es que era muy mala." De pronto se abrió un espacio en la pared y sentí que por él entró un aire súper helado. Afuera no había tierra, solamente un enorme cielo gris. Ilsa me dijo: "Aquí es a donde me voy. Éste es el mundo de las sombras. Adiós, Andrés. Nunca me olvides." Se quitó una flor de la corona y la metió

a la bolsa de mi camisa. Bien sabía Ilsa que nunca aceptaría sostener una flor con mi mano. Sí, ella sabía bien que a mí me preocupaba que alguien supiera que me gustaban las niñas o que tenía una amiga que me caía súper bien y que se llamaba Ilsa y que, por nada del mundo, caminaría con flores en las manos. Yo saqué un libro del agujero negro y se lo regalé. Ilsa lo abrazó contra su pecho. El aire helado que venía de lo que Ilsa llamaba mundo de sombras se convirtió en un remolino como esos que se levantan en los terrenos baldíos. Recordé que los muchachos con los que jugaba fútbol decían que adentro de los remolinos viaja el diablo. Ilsa me dijo: "No, no creas eso, Andrés, en los remolinos no viaja el diablo. Esto que haces por mí es muy bonito, un día lo entenderás. Gracias por ayudarme a llegar al mundo de las sombras." Las ráfagas heladas le levantaban el velo sobre la cabeza y parecía que Ilsa tenía alas. Ahora se veía más transparente y luminosa, como cuando cubres un foquito con la palma de tu mano. Ilsa de pronto me miró como queriendo decirme algo, sólo sonrió, respiró profundamente como para armarse de valor, balanceó su cuerpo hacia atrás y se impulsó brincando dentro del remolino. Me asusté al no verla durante unos segundos. Luego salió del remolino girando hacia el espacio gris y helado. Después empezó a flotar como nube, como si fuera un globo de gas o más bien una cometa en forma de mariposa blanca. Lo último que recuerdo es que desde muy lejos me decía adiós con una mano y con la otra agitaba el libro. Cada vez se veía más pequeñita.

No sé cómo, cuándo ni por dónde regresé a la mesa de la terraza. Ahí me encontró mi abuela, pálido y con las manos heladas. Me dijo que me había buscado por todas partes, que dónde me había metido.

-¡Ay, Dios mío!, ¿te escondiste en un congelador? ¡Estás helado! ¿Qué traes aquí en la bolsa de la camisa? -preguntó mi abuela, tratando de meter la mano dentro de ella.

Se la detuve con la mía evitando que tocara la flor de Ilsa.

Pepita no me curó con su magia y esa noche me puse más enfermo. De tanto toser me dolían las costillas. En la mañana mis papás me llevaron en un taxi al hospital. El doctor preguntó si no había experimentado algún enfriamiento muy fuerte y dijo que los síntomas eran influenza convertida en neumonía. Me quedé en el hospital ese día y esa noche. Al día siguiente, aunque estaba muy débil, me dieron de alta y regresé a mi casa.

Debajo de mi almohada encontré la flor de la corona de Ilsa, seguro mi abuela la puso ahí. Cuando me sentí mejor la guardé en la caja donde guardo mis tesoros.

Por una podadora



Gabriela Riveros

Para Andrea Zambrano

Hay niños a quienes les da miedo la oscuridad, hay niños a los que les da miedo el gato negro de la casa de enfrente, los pasillos largos con puertas, los payasos, las cucarachas, las vacunas o que el dentista les saque una muela... a mí, en cambio, me da miedo la podadora de pasto y te voy a contar por qué.

Me llamo Andrea, vivo en una colonia cerrada donde hay diez casas. En una de ellas viven unos abuelos; en otra, una pareja joven que no tiene niños, y en las demás viven familias con hijos, bebés y mascotas. Los sábados por la noche, los papás y las mamás se juntan en la palapa que está al fondo de la privada. Ahí asan carne mientras juegan baraja, platican, cuidan a los bebés y nos preparan quesadillas con carne y guacamole. Mis vecinos y yo andamos por toda la privada en bici, vemos películas, jugamos a las escondidas, al fútbol, inventamos bailes, saltamos en el brincolín, contamos chistes y, cuando hace mucho calor, nos metemos a la alberca que está junto a la palapa.

Matías es el vecino mayor, tiene trece años y su familia fue la primera en llegar a esta privada. Hace meses, un sábado por la noche nos dijo que él nunca se metería en la alberca.

-Achis, ¿y por qué no te meterías? -le pregunté.

-Porque está maldita -contestó Matías muy serio.

-Qué exagerado eres, Matías. Como que eso suena muy dramático, así como de película -le contestó Luly muy decidida.

-No sólo la alberca... También la podadora para cortar zacate -añadió.

Y entonces Matías nos contó... Hace tres años, cuando él llegó con su familia a vivir a esta privada, venía gente de vez en cuando a conocer las construcciones para ver si les gustaría vivir aquí. Una tarde, llegó una pareja que traía a un niño como de dos años. Vinieron a ver la casa 3, la misma donde ahora viven los abuelos. Mientras visitaban los cuartos del segundo piso, el niño se salió de la casa y se fue caminando hacia el final de la privada... Cruzó el jardín... la palapa...

-¡Daviiiiiiiiid! ¡Daviiiiiiiiid! -llamó su mamá.

-¡Daviiiiiiiiid! -gritó su papá.

Nos contó Matías que, cuando oyó los gritos, abrió la ventana de su cuarto para asomarse. Luego escuchó que alguien había encendido la podadora del césped. La podadora hacía tanto ruido... tanto ruido... que no dejaba que uno oyera nada más. Matías pensó: "¿A quién se le ocurre prender ahorita la podadora cuando esos papás gritan buscando a su hijo?"

Matías alcanzó a ver a lo lejos cómo el pequeño David caminaba rumbo a la alberca. Lo que más le llamó la atención no fue eso, sino que ¡la podadora avanzaba sola detrás de él!

Matías nos contó que, en ese momento, estuvo seguro de que algo malo podía pasar. Fue un sentimiento tan fuerte...

como una patada en el estómago. Enseguida, decidió ir a buscar al pequeño.

Bajó tres escalones frente a su casa y justo en ese momento se topó con su mamá.

—No, Matías. No puedes ir a la alberca... No tienes a qué ir. Ya están allá los papás del niño.

Horas más tarde, cuando la policía, la ambulancia y la familia del niño se habían marchado. Matías fue a explorar el lugar. El jardín quieto y alumbrado, la alberca era un espejo y la palapa se había quedado muda bajo la noche. Matías observó que la podadora estaba ahí, junto a la alberca.

En silencio. Callada. Sola.

—Mamá, ¿una podadora puede encenderse y cortar el zacate sola?

—No, Matías. Claro que no.

Han pasado ya tres años desde entonces. Aquella pareja jamás volvió a la privada. Pero el tema no quedó ahí. Nos contó Matías que, hace unos meses, oyó a la gata de la casa 7 maullar toda la noche. Sabíamos que pronto tendría gatitos. Ya en la madrugada, todavía a oscuras, Matías escuchó la podadora cortando el pasto. Se acordó del pequeño David y se le puso la piel chinita. Despertó a su papá para que lo acompañara a revisar la privada.

—Ay, mijo, pero si es tan temprano y es sábado. Aprovecha para levantarte un poco más tarde y déjanos dormir a tu mamá y a mí.

Sin embargo, Matías convenció a su papá y cuando llegaron a la zona del jardín, encontró un gatito muerto en la alberca.

Y ahí junto estaba la podadora en la misma posición que tres años atrás.

En silencio. Callada. Sola.

–Papá, ¿escuchaste la podadora hace rato?

–No. Estaba dormido.

–Yo sí la escuché. ¿Quién podría estar usándola en la madrugada?

–Ni idea, Matías.

El asunto no terminó ahí. En las últimas semanas, a varios de la privada nos han pasado cosas extrañas. Los papás y los abuelos no se han dado cuenta de que estas cosas tienen que ver con la podadora. A ellos jamás se les ocurriría poner atención en algo así.

Hace como un mes, yo estaba haciendo mi tarea de matemáticas en la cocina. Y, en eso, que oigo la podadora. Interrumpí para poner atención al sonido. Salté de mi silla cuando escuché que, además del ruido que hacía, se alcanzaban a escuchar los ladridos de mi perrita Canela.

Hace cinco años que Canela vive con nosotros. Mis papás me la regalaron porque a mis cinco años, yo me seguía chupando el dedo gordo de la mano derecha. Un día les dije que sólo dejaría de hacer eso si me compraban un perro. Cumplí mi palabra y no les quedó más remedio que cumplir la suya. De manera que Canela es parte de mi familia, es una yorkshire chiquita; le gusta mucho acurrucarse sobre mis pantuflas mientras hago la tarea.

Escuchando sus ladridos y el rugido de la podadora, salí de mi casa corriendo. Cuando llegué hasta el jardín, Canela ya es-

taba dentro de la alberca. Llegué a la orilla, la llamé, nadó y le ayudé a salir del agua.

–Menos mal que estás bien...

Canela se sacudió varias veces el agua. Suspiré.

–Ufff... Qué susto.

Cuando me di la vuelta para regresar a mi casa junto con Canela, me encontré con la podadora, ahí junto a la alberca, como si me observara atenta, en la misma posición que nos había contado Matías.

En silencio. Callada. Sola.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

–Pero si hace un minuto la podadora no estaba aquí... Ven-te, Canela. Vámonos.

Han seguido ocurriendo cosas extrañas. Hace dos semanas, Urbano, el jardinero, nos dijo que había aparecido la dentadura postiza del abuelo que vive en la casa 3 en el fondo de la alberca. El viejito llevaba todo el día sin salir de casa, buscándola en los cajones, debajo de las camas, detrás de los muebles, dentro de sus bolsillos, hasta en el refrigerador.

Dany, mi vecina, y yo le preguntamos a Urbano si al encontrarla no se había fijado si la podadora estaba junto a la alberca.

–Pues ahora que lo dicen... sí. Es muy extraño porque yo la dejé guardada en la bodega de servicio. Es una podadora muy rara. A veces, me la encuentro junto a la alberca cuando llego por la mañana... Como que se pone a platicar con su amiga la alberca, je je -respondió sonriente.

-Son cómplices -le dije a Dany, furiosa.

-¿Qué dices, Andrea? -preguntó Urbano.

-Nada. Gracias -y enseguida volví a decirle a Dany mientras nos alejábamos de ahí-. La podadora y la alberca son cómplices. La podadora le trae a sus víctimas. Creo que ya debemos contarles a los papás lo que está pasando.

-Creo que Matías debería contarles -contestó Dany-. Él fue el primero en descubrir esto y nos lo dijo a nosotros.

La semana pasada llegué a casa con mamá; ya casi era de noche. Vimos que al final de la privada, allá en el jardín, algunos vecinos, niños y adultos, estaban de pie junto a la alberca. Mientras caminábamos para allá, busqué la podadora; pero no la encontré.

Nos acercamos al grupo. Llegué hasta la alberca y, ahí en el fondo, bajo el agua cristalina, se veía una computadora portátil. Nos explicaron que era de la familia de la casa 9.

-No tengo la menor idea de cómo pudo llegar la computadora hasta aquí. Mis hijos estaban en el partido de fútbol cuando esto pasó. No había nadie en casa que la hubiera podido traer acá -explicaba la señora asombrada.

Urbano sacó, con la red para limpiar la alberca, la computadora escurriendo agua mientras el señor de la casa 9 abría los ojos incrédulo y se pasaba las manos por el pelo, como si eso le quitara la desesperación.

El colmo fue ayer, viernes, cuando nos juntamos en la cochera de casa de Matías para platicar sobre esto, porque mientras nos poníamos de acuerdo... ¡la podadora se encen-

dió! Todos la escuchamos clarito y corrimos hacia afuera. La hermanita de Matías iba allá, a lo lejos, gateando en dirección a la alberca. La podadora avanzaba lentamente detrás de la bebé.

Nadie la empujaba.

Avanzaba sola.

Decidida como un soldado.

Corrimos con toda nuestra fuerza.

Matías llegó primero. La bebé ya había caído a la alberca. Por suerte, apenas alcanzó a tragar un poco de agua cuando él la sacó de ahí. Su mamá llegó corriendo detrás, la cargó y la abrazó fuerte.

Esa tarde todos estuvimos de acuerdo en que ya era momento de explicarles a los papás que había una misteriosa relación entre la podadora solitaria y aquel pequeño David... las mascotas... las cosas... y ahora la bebé, que caían en la alberca.

Al día siguiente, el sábado por la noche, sería un buen momento para platicarlo con ellos porque ahí estaríamos todos juntos. Matías fue el elegido para contarles. Se nos ocurrió también que, después, echaríamos la podadora a la alberca y terminaríamos con el asunto para siempre.

∞∞∞∞∞∞∞∞

El sábado pasado fue una noche especial. La luna brillaba llena y redonda sobre las tejas de la palapa, y se reflejaba en

el agua de la alberca. Pocas veces la había visto así, despedía una luz tan intensa, como si quisiera decirnos algo. Después de cenar, hicimos una fogata grande, asamos bombones. Cantamos y bailamos durante mucho rato.

Ya cerca de la media noche, sentados alrededor del fuego, les contamos todo a los papás: la historia del pequeño David... del gatito muerto hace unos meses... de mi perrita Canela... los dientes postizos del abuelo... la computadora de la familia de la casa 9... la bebé, hermanita de Matías...

Nos escucharon muy atentos durante un buen rato. Después comentaron el asunto y se dirigieron hacia la bodega de servicio. Sacaron la podadora, la llevaron hasta la orilla de la alberca y la echaron al agua.

Se hundió lentamente hasta el fondo. Se hizo un extraño silencio.

Más tarde, todos nos fuimos a dormir.

Al parecer, nos habíamos quitado un enorme peso de encima.

Sin embargo, esa misma noche, antes del amanecer, me despertó el inconfundible rugido de la podadora... Salté de mi cama, fui hasta la ventana y me asomé.

A lo lejos pude ver la luna llena resplandeciente en el cielo. Allá debajo, sobre el jardín quieto y alumbrado, la podadora avanzaba solitaria y decidida. Enseguida, vi cómo Matías salía de su casa en pijama y se dirigía hacia el final de la privada, tras ella. Quise gritarle que tuviera cuidado, que no fuera solo para allá.

Apenas un rato más tarde -apenas el tiempo que tardé en despertar a mis papás y a los suyos- justo al amanecer, encontramos la podadora de pie junto a la alberca.

En silencio. Callada. Sola.

El agua de la alberca cristalina.

Desde ese día hemos buscado a Matías por todas partes, también los policías y los detectives que llegaron.

La gente dice muchas cosas. Unos dicen que alguien debió de haber sacado la podadora del agua. Otros dicen que no, que no puede ser porque todos nos fuimos a dormir y que no quedó nadie en la privada. O que tal vez Matías se fue de su casa porque es adolescente y a veces ellos hacen cosas así. También hay quien dice que la podadora siempre ha hecho lo que le da la gana, que tiene algo así como una vida propia.

Lo único cierto es que desde el domingo, nadie ha vuelto a ver a Matías.

Cómo desaparecer completamente



Jorge Alberto Silua

Hugo estaba en problemas.

Siempre había procurado pasar lo más desapercibido posible en su escuela, una verdadera jungla infestada de gandallas en la que abundaban las historias de chicos que habían sido víctimas de abusos y bromas pesadas. Milagrosamente, y aun cuando era de los de primero, o sea, los más propensos a ser atacados, él nunca había sufrido ningún percance... hasta ese día...

Todo empezó con una tostada. Una deliciosa tostada con frijoles, salsa y queso que tendría que haber ido a parar a su estómago. Pero por culpa de un fatídico tropezón, aquel manjar chatarresco terminó embarrándose en la camisa de Valdo, el mequetrefe más temido de la Escuela Secundaria 45 "Héroes Sin Nombre."

Luego del estremecedor "uhhhhhhh" entonado burlescamente por casi toda la escuela, Hugo se dio cuenta de que su cuello estaba en peligro.

-Pe... pe... perdón -fue lo único que atinó a decir mientras Valdo se quitaba los frijoles embarrados en su camisa y lo miraba echando chispas.

–Te voy a agarrar a la salida –le dijo apretando los dientes. Luego dio media vuelta y se perdió en el patio junto a otros dos de su calaña.

“Ese ya no la cuenta.” “Pobre, no sabe con quién se metió.” “Cien pesos a que lo manda al hospital.” Fueron algunos de los comentarios que Hugo escuchó cuando, con las piernas temblorosas y un dolor insoportable en la panza, se dirigía a su salón luego de que sonara la campana que anunciaba el final del recreo.

Hugo no puso atención en el resto de las clases. Mientras la maestra de Historia explicaba cómo Atila, el rey de los hunos, se había apoderado de gran parte de Europa, él se imaginaba siendo golpeado por Valdo. Iba a quedar igual o peor que un boxeador luego del décimo round.

Su terror estaba más que justificado. El abusivo en cuestión era de tercero, aunque rebasaba la edad que uno debe tener en ese grado. Le sacaba una cabeza y media de altura a Hugo, y sus brazos nunca habían conocido una derrota en las uencidas. Se decía por ahí que desde los once años practicaba box y que le había ganado peleas hasta a chavos de preparatoria.

Hugo, en cambio, parecía todavía de primaria. Nunca se había peleado a golpes, ni siquiera con sus primos más chicos.

Conforme se fue acercando la hora de salida, Hugo se ponía más y más nervioso. Consideró pedir la protección de algún maestro; pero eso, a la larga, sólo empeoraría las cosas, pues quedaría como un mariquita. No había remedio: estaba

destinado a sufrir una cirugía plástica involuntaria sin el privilegio de la anestesia.

Tocó el timbre y el maestro dio la salida. Ninguno de los compañeros del salón se puso de pie hasta que Hugo lo hizo. Cuando salió, todos lo empezaron a seguir, como escoltándolo al cadalso.

Tenía ganas de llorar. Además del dolor que le acarrearía la paliza, estaría condenado a soportar las burlas de todos los de la escuela. Y peor aún, con la fama de debilucho, todos querrían hacerle malas pasadas, y su vida en la secundaria se volvería un verdadero infierno.

Pero entonces ocurrió el milagro: justo cuando Hugo pasó a un lado del salón de Valdo, vio cómo un maestro lo estaba regañando. ¿Alguien había ido a contar lo sucedido en el recreo? ¡Qué importaba! Esa regañada le daría a Hugo el tiempo necesario para escapar del que iba a ser su verdugo.

Sin pensárselo demasiado, se liberó de la bola que se había congregado en torno a él y salió corriendo. No faltó quien le gritara de cosas o intentara detenerlo, pero Hugo se vio más hábil. Como peleador podría no ser muy bueno, pero como fugitivo desesperado sí la armaba.

Tras una carrera de más de diez minutos, decidió detenerse a descansar en un parque a medio camino de la escuela a su casa. Ya la había librado... al menos por ese día. Con un poco de suerte, la regañada que le dieron a Valdo pondría fin al problema. O quizá, aunque menos probable, al día siguiente el ofendido habría olvidado todo y santa paz.

¡Ingenuo Hugo!

El corazón se le quiso detener cuando divisó a lo lejos una horda de jovencitos. Valdo iba liderando la bola, justo como el famoso Atila del que la maestra de Historia había estado hablando. A menos que otro asunto hubiera surgido de pronto, todo el grupito tenía un objetivo: cazarlo a como diera lugar y aplacar la sed de pelea.

“Ya valí”, pensó Hugo. No podía salir corriendo porque si alguno de los de la bola lo veía, no dudaría ni tantito en señalarlo. Sólo quedaba esconderse. Para su fortuna, el parque colindaba con un monte en el que debía haber escondites de sobra.

Fue escurriéndose por entre los árboles y las bancas del parque hasta llegar a la cerca de púas que delimitaba el lugar. Arrojó su mochila al otro lado y luego cruzó entre dos de las tiras de alambre.

Caminó por veinte minutos hasta que encontró un espacio entre unas ramas secas en donde pudo esconderse. Para despistar al enemigo, se cubrió con más ramas que estaban alrededor. Confiaba en que no lo iban a encontrar. Sólo tenía que esperar un par de horas hasta que los maleantes se dieran por vencidos o simplemente se aburrieran.

Al cabo de unos momentos, unas voces cercanas le indicaron que sus perseguidores andaban cerca. Su corazón era un tambor africano, lo escuchaba sonar tan fuerte que hasta le dio miedo que el ruido lo pusiera al descubierto.

Entonces la vio por entre las ramas.

Era una mujer vieja de melena enmarañada y canosa que vestía ropa desgarrada y sucia. Pasó por enfrente del escondite farfullando cosas que Hugo no pudo entender. Caminó de un lado a otro en varias ocasiones hasta que se detuvo. Miró entre las ramas y se encontró con los ojos de Hugo. Él se llevó la mano a la boca para ahogar un grito.

¡Bueno el cuento! Había logrado escapar de una paliza y ahora se le aparecía esta viejita que le ponía los pelos de punta. De Valdo sabía qué esperar: un ojo morado, unos cuantos moretones... pero de esta mujer con cara de susto, ¿qué?

La anciana sonrió y dejó ver una dentadura podrida, susurró otras cosas que tampoco se podían entender y, en un parpadeo, desapareció.

Y al decir “desapareció”, entiéndase desaparecer de “ahora la ves y ahora no la ves.” Se esfumó, se volvió invisible.

Hugo no podía creerlo. ¿Quién era esa mujer? ¿Un fantasma? ¿Una alucinación provocada por sus nervios? ¿Cómo y por qué había desaparecido? No se iba a quedar a averiguar. La experiencia le erizó la piel de tal manera que salió corriendo del escondite, sin importarle que Valdo y su banda anduviera merodeando.

Corrió a todo lo que dieron sus pies hasta que un mal paso lo hizo resbalar. Se fue de espaldas. Sintió un dolor agudo en la cabeza. Instintivamente se llevó la mano al punto donde se había golpeado y se palpó. Esperaba encontrar sangre, pero descubrió con alivio que no estaba herido. Incluso, el dolor desapareció en cuanto reanudó el camino hacia su casa.

Pasaron las horas y Hugo seguía intranquilo. Ya se había olvidado un poco de Valdo, ahora pensaba en la anciana que había desaparecido en sus propias narices. Trataba de convencerse de que sólo la había imaginado. Sí, seguramente. Algo que creyó ver y nada más. Lo mejor era ocuparse ahora de la tarea, eso lo distraería un poco.

Un silbido proveniente de la calle frustró su intento por tranquilizarse. Se asomó por la ventana y los vio. Era Valdo, acompañado de otros dos mastodontes de su talla. Ya sabía dónde estaba su casa. No tenía que esperarse al día siguiente en la escuela. En cualquier momento en que decidiera salir, iba a ser "ajusticiado."

"¡Y todo por una tostada!", pensó. Y sintió unas ganas incontrolables de llorar. Sus padres ni siquiera estaban ahí para ayudarlo. Ambos trabajaban y solían llegar hasta después de las nueve. Además, rara vez le ponían atención, se la pasaban discutiendo por una cosa u otra.

Se tumbó en la cama sin ponerle un dedo a la tarea. "Si tan sólo pudiera vol verme invisible", pensó, "como la anciana del parque." No tardó mucho tiempo en quedarse dormido.

A la mañana siguiente, Hugo estaba en otro mundo. Su miedo lo tenía tan distraído que no recordaba ningún detalle del desayuno con sus padres, incluso iba sin mochila, la había olvidado en el monte. De pronto estaba ahí, camino a la escuela, con los días contados.

Apenas puso un pie en la secundaria y se encontró con la mirada de Valdo, quien enseguida se dirigió hacia él como un

halcón sobre su presa. Hugo entró en pánico y no se le ocurrió otra cosa más que correr al baño de niños y encerrarse en uno de los cubículos.

-Te voy a dejar la cara como la tostada que me embarraste.

En cuclillas sobre el retrete, Hugo escuchó cómo Valdo iba abriendo los cubículos uno a uno. Cuando vio los zapatos sucios de su perseguidor por debajo de la puerta, decidió rendirse y encarar su destino.

-Mejor ve metiendo la cabeza en la taza...

Apenas lo dijo y abrió la puerta del cubículo. Hugo cerró los ojos y alistó el rostro para recibir la descarga del puño de Valdo... pero el golpe no llegó.

-¿Dónde te metiste? -logró escuchar, y abrió lentamente los ojos.

Ahí estaba Valdo, justo frente a él, con el rostro fruncido de confusión.

Cuando el abusivo se quitó de en medio, Hugo pudo ver el espejo que estaba frente a los cubículos. Tuvo que esforzarse muchísimo para creer lo que estaba viendo... o más bien, lo que no estaba viendo. En el espejo se reflejaba el interior del cubículo en el que se había escondido, incluso podía ver parte del retrete y la pinta que decía "Aquí estuvo el Jako", que estaba justo detrás de él. Podía verlo todo, pero no se veía a sí mismo. Había desaparecido completamente.

Su primera reacción fue de incredulidad. ¿Cómo había ocurrido eso? Quería desaparecer para no ser víctima de Valdo, pero sabía que las cosas en el mundo real no ocurrían con tan

sólo desearlo. Entonces recordó a la anciana en el monte. Ella desapareció ante sus ojos. ¿Tenía algo que ver? ¿Era un hada que concedía deseos? Por su aspecto, más bien debía ser una bruja.

Tras comprobar que Valdo se hubiera ido, Hugo salió del baño. Se paseó entre los estudiantes que aguardaban en el patio el timbre para entrar a clases, nadie parecía verlo. Si bien antes pasaba desapercibido, la sensación era distinta ahora. Ondeó la mano frente a la cara de uno de sus compañeros y el chico no tuvo la más mínima reacción. Era un hecho, ya nadie podía verlo. Pero, ¿podía tener contacto físico con los demás? Tenía que averiguarlo. Le dio un ligero pellizco al jovencito, quien de inmediato lanzó un quejido y se llevó la mano al brazo para sobarse. Supuso que le había picado algún zancudo.

“¿Me habré vuelto un superhéroe?”, pensó Hugo. “¿con poderes y todo?” No sabía de la existencia de villanos interesados en conquistar el mundo, salvo algunos de esos políticos a los que su papá maldecía todas las noches durante el noticiero.

En ese momento vio a Valdo y a sus matones en el otro extremo del patio. Lo andaban buscando entre las bolitas de niños. Sintió deseos de conseguir algún objeto con el cual darle un buen trancazo para que de una vez lo dejara en paz: un bate de béisbol, la paleta de un banco, lo que fuera. Pero luego cayó en cuenta de que gracias a su invisibilidad podía obtener algo de diversión.

Aquel día pasaron cosas extrañas en la secundaria “Héroes sin Nombre.” Y casi todas le ocurrieron a Valdo.

Primero, en la hora de Matemáticas, sintió que algo le picaba en las costillas, era como el dedo de una persona. Por más que volteaba para tratar de cachar al gracioso que le estaba gastando la broma, no conseguía ver a nadie. Sus compañeros se reían al verlo estremecerse cada vez que sentía el ataque del misterioso dedo invisible. Cuando lo que sintió fue más bien un manotazo, no pudo evitar soltar un grito de dolor. La maestra lo sacó del salón en medio de las risas de sus demás compañeros.

Durante el descanso vino el segundo ataque. Cuando Valdo estaba frente a una niña a la que quería impresionar con sus bíceps, sintió un leve frío en las piernas. Cuando reaccionó, ya era demasiado tarde. Toda la escuela, incluida la niña con la que estaba platicando, reía al ver que sus pantalones estaban a la altura de sus rodillas. Se le habían caído “accidentalmente.”

Pero lo que ocurrió a la última hora fue espeluznante. Valdo interrumpió al maestro de Ciencias gritando como loco: “Oigo voces, oigo voces.” Esta vez nadie se animó a reír. Valdo manoteaba a diestra y siniestra mientras lloraba: “Ya, por favor. ¡Cállate! ¡Cállate!”

Hubo necesidad de que su padre fuera a recogerlo para llevarlo con un especialista que aclarara ese asunto de las “voces” que estaba escuchando.

Desde luego, el autor intelectual y material (o, en este caso, inmaterial) de estos extraños sucesos había sido Hugo, quien estaba encantado de sacarle provecho a su condición

de invisibilidad. Se imaginó todo lo que podría conseguir siendo invisible y se sintió emocionado.

Ahora necesitaba volver a hacerse visible para ir a su casa. Pero, ¿cómo?

Y ahí fue cuando todo su entusiasmo empezó a tambalearse. “¿Y cómo le voy a hacer?”, se preguntó con la preocupación haciéndole un nudo en el estómago.

“Quizá con el tiempo...”, trató de tranquilizarse. El efecto de invisibilidad podría tener una duración limitada, un día o dos. Sí, más le valía pensar eso. Así como desapareció, volvería a aparecer.

Fue precisamente el tiempo el que se encargó de echar por tierra sus esperanzas. Llegó la noche y el día siguiente y la noche posterior. Hugo seguía invisible.

Sus padres, consternados por su desaparición, habían llamado a la policía. Una gran movilización se desplegó para localizar al niño Hugo Reyes Vega, quien había sido visto por última vez en su escuela por sólo un testigo: el alumno Osvaldo Peña. En internet y en la tele aparecía la foto del desaparecido solicitando cualquier tipo de información para dar con su paradero.

La madre, desecha de dolor, comentó a algunas personas cercanas que había estado escuchando en su cabeza la voz de su hijo. “Aquí estoy, mamá. Ayúdame”, le decía. Hubo necesidad de medicarla para controlar sus nervios. A partir de entonces pasó dormida la mayor parte del tiempo.

En las primeras horas de su invisibilidad, Hugo podía ser aún escuchado y sentido. Pero esos contactos con lo material

se fueron esfumando paulatinamente. Ahora, cuando intentaba tomar algo con las manos, sentía como éstas traspasaban el objeto sin posibilidad de asirlo. Así le había ocurrido cuando intentó abrazar a su desconsolada madre. Su voz, con la que había atormentado a Valdo durante la clase de Ciencias, disminuyó hasta quedar reducida a pequeños murmullos que terminaron por esfumarse.

Sólo quedaba su conciencia, la frágil certeza de que aún existía en ese mundo en el que se le había negado toda clase de contacto.

Los días pasaron. Hugo iba de un lado al otro de la ciudad sin ser ni siquiera una ligera brisa.

Finalmente, un día de otoño, se trasladó hasta el monte en el que se había escondido aquella tarde. Una llamita de esperanza empezó a arder en su interior. Ahí estaba la anciana sentada sobre una roca. Temía que ella no pudiera escucharlo, pero no podía dejar de hacer el intento: "Por favor, llevo varias semanas así, invisible. Quiero volver a la normalidad. Dígame cómo, se lo ruego."

Hugo sintió que la anciana lo miraba directamente a los ojos, pero ella en realidad observaba una especie de montículo cubierto de hojas secas, justo ahí donde él se había golpeado en la cabeza días antes. La mujer esbozó una sonrisa de dientes muertos. Tanto su ropa como su piel fueron desprendiéndose de ella en pequeños fragmentos negros que comenzaron a volar en círculos. Eran moscas que no tardaron en formar un gigantesco enjambre que producía un ruido ensordecedor.

Eso fue lo último que Hugo pudo ver y escuchar. Por la tarde de ese día, sus padres recibieron una llamada. El cuerpo de su hijo finalmente había aparecido.

No estoy sola...



Ana Luisa Anza

Lo descubrí desde el primer día en que nos mudamos de casa a un departamento. Hacía frío y estaba bien protegida bajo una torre de cobijas de colores que había elegido para mi cama: era la primera vez que tendría un cuarto para mí sola.

Yo creo que apenas empezaba uno de mis sueños favoritos cuando sentí que tenía los pies congelados. Desperté y mis cobijas, todas, estaban apiladas en el suelo. Pensé que quizá lo que había tenido era una pesadilla que me había hecho moverme demasiado, así que volví a armar mi torre de calor.

Diez minutos después, cuando ni siquiera había cerrado los ojos, sentí claramente cómo alguien o algo jalaba las sábanas y todo mi cargamento antifrío caía hacia el piso. Como decidí no asustarme, volví a acomodar todo, me hice la dormida y esperé...

No pude ver a nadie pero voluí a pasar. A la cuarta vez, corrí a la cama de mis papás y, aunque les expliqué sobre la conducta de los fantasmas que seguro habitaban la nueva casa, ellos insistieron en tratar de convencerme de que son

los sueños normales en las casas nuevas. Ajá. Como si alguien se creyera eso.

Desde ese momento supe que no estábamos solos en la casa. Yo estaba segura pero, claro, tuvo que pasarles algo a los demás para que empezaran todos a sospechar. No tuve que esperar tanto tiempo.

Mi mamá y yo nos fuimos de viaje un fin de semana a ver a la abuela, que vive en otra ciudad. Mientras leía un libro, ya terminado el día, mi papá escuchó voces en mi cuarto: "Te quiero, te quiero, te quiero", repetían sin cesar.

Cualquiera que me conozca sabe que tengo un oso de peluche al que, cuando se le aprieta la mano, empieza a decir esa frase incansablemente. Sólo que esta vez no había nadie que apachurrara la garra de la bestia de juguete.

De puntitas, mi padre abrió sigilosamente la puerta de mi cuarto: ahí estaba el oso, repitiendo las mismas dos palabras sin cesar. Como si se hubiera vuelto loco o se hubiera descompuesto misteriosamente. Mi papá lo encerró en un clóset hasta que dejó de hablar. Aunque no me lo dijo, yo sé que sí se asustó.

La única que se negaba a aceptar que algo extraño había en la casa era mi mamá... hasta que se quedó encerrada inexplicablemente en la cocina. Es el único espacio de la casa que tiene una puerta batiente, de esas que hay que empujar tanto para entrar como para salir.

Había terminado de preparar una sopa de tomate con verdolagas que, aunque suene horrible, es lo más delicioso del

mundo, y cuando quiso dejar la cocina para contestar el teléfono que no paraba de sonar, ya no pudo salir.

La puerta estaba bloqueada con unas sillas que normalmente están a más de un metro de distancia. No había nadie en casa... ¿quién las había colocado ahí?

Apenas pudo sacar un brazo y poco a poco fue moviendo una de las sillas para liberarse de la "cocina-cárcel." Buscó por toda la casa pero no, nadie había llegado.

Como no queríamos parecer los locos de la cuadra, preguntamos disimuladamente a los vecinos del edificio si ocurrían "cosas extrañas" en sus departamentos.

-No -fue la respuesta general.

-Pero, ¿nunca les han jalado las cobijas o se han quedado encerrados o han visto sombras o algo así? -insistí yo. Mis papás pensaron que era una pregunta demasiado obvia y que pensarían que estábamos mal de la cabeza o que tendríamos una imaginación un poco desbordada.

-¡Ah, ya! -contestó el vecino Gundisalvo (sí, así se llama)-. Nada de qué preocuparse. Es el pequeño Nicolás al que le gusta hacer travesuras... pero no hay problema.

Los demás vecinos comenzaron muy felices a platicar todas las "puntadas" del tal Nicolás: que escondía las billeteras, cambiaba de lugar los platos, prendía los televisores en cuartos donde no había persona alguna, modificaba el orden de los libros en los libreros, tarareaba canciones adentro de los clósets o se terminaba la comida que apenas alguien había cocinado. Nada grave.

–Pero, ¿quién es ese tal Nicolás? –preguntó mi papá ya medio interesado.

Y don Gundi se soltó con toda la historia de un niño que había vivido en nuestro edificio pero cien años antes. Y es que la construcción en donde vivimos no es muy nueva: acaba de cumplir ciento cinco años y hasta fiesta con pastel le hicieron.

Pues el tal Nicolás era muy travieso y hacía rabiar a todos los vecinos que vivían entonces en el edificio. Un día, desapareció. Bueno, él y su familia desaparecieron sin que nadie se diera cuenta.

Unos decían que porque no habían pagado la renta y se escaparon del casero. Otros estaban seguros de que se cambiaron en una mudanza nocturna, porque era más barata. Algunos explicaron que se los llevaron los extraterrestres en un ovní que nadie vio, y hubo quien aseguró que en realidad nunca existieron más que en la mente de vecinos mentirosillos.

Pero a nadie parecía importarle la presencia o no presencia de Nicolás. Era, simplemente, un niño fantasma y travieso.

Desde entonces nunca me siento sola. Y no se lo he dicho aún a nadie pero cuando tengo ganas de platicarle a alguien mis secretos, voy a la bodega del edificio.

Nicolás está siempre ahí, mirándome con sus grandes ojos café oscuro y unas manos casi transparentes con las que se rasca la cabeza cuando no entiende alguna palabra. Y es que el lenguaje cambia en cien años. Pero seguro que él debe de estar igual que cuando se fue...

La maldición de las dos de la tarde



Yarezi Salazar

Sofía dio un suspiro al ver las agujas de su reloj marcando las dos en punto. Sabía que estaba tan demorada, que sus compañeras ya estarían descansando en casa o quizás a punto de saborear el postre después de la comida. Algunas, tal vez, ya estarían tomando una siesta en ropa cómoda, en lugar de usar ese horrible uniforme gris que ella aún traía porque, a pesar de la hora, no tenía para cuándo terminar lo que le encomendó su maestra antes de llamarle a su mamá y avisarle que estaba castigada por enésima ocasión. Esa misma tarde sería la fiesta de cumpleaños de Mariela y lloró de rabia al imaginar a todos los niños del salón divirtiéndose de lo lindo mientras ella tal vez aún estaría limpiando esa bodega que ni el conserje de la primaria se atrevía a pisar salvo en año bisiesto, si es que era necesario. Si algo aborrecía Sofi era permanecer sola en ese cuartucho que parecía salido de una película de terror: No había nada más feo que estar solo en una bodega desordenada. Ahora tenía hambre, estaba cansada y traía mugre en sus uñas rotas.

No creía merecer ese castigo porque realmente no era tan traviesa. Sí que había alumnos peores, le constaba, aunque a

ninguno lo trataban con tanta severidad como a ella. De hecho, tenía razón. Mala, mala, no era; su verdadero problema era que las maldades se le atravesaban a diario, como cosa hecha adrede. Siempre había, por ejemplo, un timbre llamativo en alguna casa de camino a la escuela, alguna maceta frágil en la banqueta o un despistado buscando una dirección con toda la disposición para ser perdido por un chiquillo bromista. En el salón ocurría lo mismo: Las maquetas de geografía de sus compañeros parecían decirle “rómpeme” y los lonches ajenos casi le gritaban “róbame, cómeme.”

Si se metía en problemas era porque estos la buscaban y no al revés. Lo malo es que sus profesores nunca entendían ese detalle. Por eso muy seguido era atrapada en plena cábula mientras otros chamacos en verdad malosos se salían con la suya todo el tiempo. Eso le daba más coraje. Estaba harta de ser la villana del cuento, la niña insufrible de sexto. Para colmo, ni siquiera se llevaba tan bien con el resto de su clase. Por esa razón se había prometido que nunca más le pondrían un castigo tan difícil de cumplir. En eso no se equivocaba: la señorita directora le había advertido claramente que esta era la última vez que la reprendían, pues a la siguiente la expulsarían de la primaria “Benito Rocha de la Pompa”. Nunca más dejarían siquiera pisar la entrada principal, tampoco a sus hijos ni a los hijos de sus hijos.

A decir verdad no le importaba gran cosa ser corrida, de hecho, en cuanto le hicieron la advertencia empezó a fantasear con una escuela nueva, con compañeros diferentes y

quizá una maestra más simpática. Le divertía mucho la idea de comenzar de nuevo, aunque por ahora ese sueño no le era de utilidad para ordenar la bodega más rápido. Pateó una caja de cartón y sintió cómo se salió de su cuerpo un poco del coraje que sentía. Lanzó el trapo al piso, la escoba también, con ello salió otro cacho de frustración. Aventó la cubeta con jabón lo más lejos que pudo, dando un grito que se llevó toda la ira lejos de su pecho.

De pronto, un escalofrío le erizó los pelitos del cuello. Inmediatamente escuchó unos pasos muy pequeños atravesando la habitación justo tras ella. Volteó lo más a prisa que pudo, pero no vio a nadie. Pensó en algún bromista intentando asustarla. Imposible, se dijo a sí misma. Ni el más juguetón de los alumnos sería capaz de quedarse en la primaria tanto tiempo sólo para asustarla. Otra vez sintió pasos tras ella, pero ahora en sentido contrario, como si esa misma persona hubiera regresado al sitio del que salió.

Ahora recordaba esos tontos cuentos que ella y los niños de su salón les contaban en el recreo a los de primero, tal y como los más grandes se los platicaron cuando tenían la misma edad. Recordó esa boba historia sobre la muñeca embrujada que se aparecía en los baños, construidos justo encima de un terreno que doscientos años atrás fue un cementerio indio, donde se hallaban las tumbas de unos marcianos llegados en un platillo volador.

“No puede ser la muñeca”, se decía mientras se aproximaba al sitio donde escuchó ruido. “Esto no es la muñeca, es una

ilusión”, repetía mientras su corazón casi se le salía. “No es una muñeca, Sofía, por favor cálmate.” Los latidos cada vez eran más rápidos. “No es una muñeca, Sofía, esas historias se inventan para asustar a los más pequeños”, murmuraba mientras se acercaba a una esquina. “No es una muñeca, recuerda que no puede ser una muñeca.” Estaba muy cerca del lugar de donde se escucharon los últimos ruidos, justo detrás de un tambo gigante. De pronto, una risa como de niña pequeña. “No puede ser una muñeca”, se dijo mientras se asomaba.

Y sí era la muñeca.

Lanzó un grito con todas sus fuerzas, pero la mona inmediatamente le puso una mano en la boca al mismo tiempo que se llevaba un dedo a la suya para hacerle una señal de silencio. Luego, cuando la vio calmada, desprendió de la pared un viejo póster que tapaba un hueco.

–Ven conmigo, allá no hay castigos ni directoras ni niños aburridos. Podemos jugar juntas para siempre.

Le sonrió con su cara rayoneada con plumón, con su cabello mal cortado, sucio, duro. Parpadeó para ser más simpática, pero como era tuerta y su único ojo estaba deslavado, se veía más diabólica.

–Ándale, ven conmigo al país de las muñecas rotas, te vas a divertir mucho.

Sofi estaba aterrada, pero pensó un poco. No se decidía por quedarse en esa tonta escuela a terminar su castigo o irse con esa horripilante muñeca desconocida a jugar por toda la eternidad. “¿Y si me mata?”, se preguntó. Luego miró

sus manos sucias y recordó que quizás el resto de su clase iría a la fiesta de su amiga, pero ella no, porque probablemente su madre la dejaría castigada. Eso bastó para que tomara su decisión. Tomó la mano de la muñeca y entraron juntas a ese hueco oscuro en la pared. Cuando lo hizo, su carcajada sonó en toda la escuela como si le hubieran puesto un micrófono. Fue la última pista que dejó en el mundo.

Sus padres, los maestros y los niños de la escuela nunca más la volvieron a ver. Tampoco supieron exactamente qué fue lo que pasó. Es fecha en que la policía sigue tras su pista. Más aún, porque algunas veces aparecen mensajes llenos de maldiciones y venganza que el conserje limpia con mucha dificultad porque parecen hechos con sangre y a veces están escritos con un líquido viscoso de color verde, como chicle apestoso.

Aun así, a pesar del miedo que todos sienten al pasar por los pasillos cerca de la bodega, generación tras generación, los niños de sexto le cuentan a los de primero la historia de la niña y la muñeca diabólica. Dicen que al dar las dos de la tarde, se puede escuchar la risa de Sofía acompañada de unos pasos pequeños.

Se llamaba María



Vicky del Río

Delgada y morenita. Llegó a la casa con su trenza, su vestido blanco, una maleta vieja y una caja de cartón amarrada con un mecate.

–María va a trabajar con nosotros -explicó mamá.

Mamá nunca uso la palabra sirvienta o “muchacha.” Otros niños decían “es mi muchacha”, según mi madre eso no estaba bien, ya que ninguna persona puede ser dueña de otra. Siempre las llamamos por su nombre.

María me miraba fijamente, su mirada no pesaba.

–Y si estos niños te dan lata, me avisas -agregó mamá mientras nos señalaba a mi hermano y a mí.

–Pero se ve que son bien buenos -comentó María.

Me molesté un poco, mamá piensa que somos los peores del mundo, siempre anda por ahí haciéndonos mala fama, sobre todo a mí. Según mamá soy la responsable de que nadie aguante trabajar en esta casa, según ella soy rara.

No soy rara, me gusta contar historias. Muchos niños cuentan cosas que han visto en la tele, en el cine o comparten relatos que han leído o les han platicado. Vaya, a todos nos gustan los cuentos.

La única diferencia es que yo invento mis cuentos. Los que imaginan historias somos raros y quienes las repiten y escuchan son normales. No me gusta escribirlas (me da mucha flojera), me fascina contar mis historias a la hora del recreo. Soy un poco famosa, a algunos niños de la escuela les gustan las cosas que se me ocurren.

En la clase de catecismo nos dijeron que no debemos presumir. Es un pecado llamado vanidad. También nos contaron que cuando cometemos un pecado podemos confesarnos, arrepentirnos y hacer una penitencia, lo de la penitencia es rezar.

No sé arrepentirme, pero me sé las oraciones de corridito, las digo y ya se van los pecados.

La primera vez que se confiesa un pecado sí dan muchos nervios, ya luego como que te acostumbras. Puedo presumir de que soy muy buena para inventar y contar historias. Total, el domingo me confieso (aunque no me arrepienta).

Para mí inventar historias es un juego. Las palabras son piezas de un rompecabezas y lo que hago es juntar una palabra con otra para armar un cuento. Cuando tengo la historia armada me aprendo de memoria todos los detalles. Luego me la cuento en voz bajita y busco a alguien para compartirla. Al principio le contaba mis cuentos a mamá, pero no era muy divertido, siempre me interrumpía con preguntas que no venían al caso: que si había hecho la tarea o a qué horas me iba a bañar. Ni me estaba poniendo atención. Papá nunca está y mi hermano menor es muy menor, tan menor que se queda dormido siempre.

Por eso, cuento mis historias a las personas que nos ayudan en la casa. Mamá dice que no debo molestarlas con mis cuentos, pues ya bastante trabajo tienen como para andar batallando conmigo.

-No quiero que vayas a andar molestando a María con tus cuentos -me advierte mamá.

Me da mucho coraje con mi mamá, ella siempre piensa que voy a hacer algo malo. Cuando me enojo con ella me da por pensar cosas horribles. Los pensamientos feos también son pecados. Ahora tengo dos pecados que confesar. ¡Chin!

Tengo una nueva historia, ya me la conté muchas veces, no puedo compartirla a la hora del recreo, necesito platicársela a alguien más. Mamá no me quita los ojos de encima. No sé cómo lo hace, pero mamá se mete a mi mente y sabe lo que estoy pensando.

-¡Ni se te ocurra molestar a María! -resuena su voz en mi cabeza. Ojalá y no se dé cuenta de que pensé cosas feas de ella.

De todas las personas (no sé cómo decirles, no les puedo decir muchachas) que nos han ayudado, María es la mejor. Así que mamá ni de chiste va a permitir que me le acerque. Ni modo, ya desesperada tomé a mis muñecos y animales de peluche y los senté en un semicírculo para contarles mi historia.

Cuento en voz bajita, me da pena y tampoco quiero que mamá me escuche y vaya a suponer cosas que no son. Cuento con mucha pena y de pronto me doy cuenta de que María me observa.

María sonrío y me pide que siga. Mamá está bañando a mi hermano, si me pesca se va a enojar mucho, seguramente me regañará y luego yo me voy a enojar con ella. Cuando me enojo me da por cosas feas y voy a acabar en el confesionario. El cura ya me está viendo feo, porque siempre son los mismos pecados, no sé si se aburre o qué.

–Sigue contando -me pide María.

Se sienta entre los muñecos, abraza un oso de peluche. Una parte de mí escucha atentamente los sonidos que vienen de la regadera (la llave está abierta y Rogelio habla y habla), siento que (¿por la emoción?) estoy olvidando parte del cuento y no decido si estoy sorprendida o encantada con la actitud de María.

Cuento mientras el agua sale de la regadera, narro a toda prisa tratando de recordar todos los detalles y cada palabra. Mamá cierra la llave, me detengo.

–Sigue, sigue... -me anima María.

Sí, claro, mamá debe secar a Rogelio y después vestirlo, tengo unos minutos para seguir contando. Ya tomé una decisión: me encanta que María esté sentada escuchándome y me esmero en contar la historia, ojalá y le guste mucho y me pida que le cuente otra.

Cuando termino de contar se abre la puerta del baño. María se levanta. Sonríe y me dice en voz baja:

–Me gustó mucho tu historia.

Se va y en el cuarto queda flotando su aroma. María huele a lluvia, flores y tierra húmeda.

-Viviana, vete a bañar -ordena mamá.

Mientras me baño pienso ¿faltar a una promesa será un pecado? Por si las dudas me voy a confesar.

Desde que María llegó a la casa cambiaron mis historias. Veo las palabras que forman el cuento y tengo que leerlas una y otra vez. No entiendo algunas, pero presiento que significan algo malo. Me atrevo a pronunciar una de esas palabras y la boca me sabe a sangre.

Con miedo armo la historia, siento que las palabras calan, muerden. Mejor no, intento pensar en otra cosa pero la historia vuelve a mí y veo cada uno de sus detalles. Sus espantosos detalles.

-¿No tienes una historia nueva? -pregunta María y me queda claro que sabe la respuesta.

-No, no se me ha ocurrido nada -le respondo.

No, no estoy mintiendo, por lo menos no voy a tener que ir a confesar eso el domingo. No se me ocurrió ninguna historia, porque este cuento no es mío, a mí no se me ocurren historias así, no imagino gente muerta, no soy capaz de imaginar ríos de sangre inundando todo.

Pero las historias no me dejan en paz, las palabras aparecen en mis sueños, hablo dormida y me despierta el sabor a sangre en la boca. En la escuela aparecen las palabras y mientras recitamos la tabla del cuatro voy formando la historia.

Uno por cuatro. Cuatro muchachos caminan. Cuatro por dos. Dos hombres los observan.

Cuatro por tres. Tres silbidos cortan el aire. Cuatro por cinco. Cinco golpes de machete.

Cuatro por seis. Seis veces un muchacho suplica por su vida. Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor. Cuatro por siete. Siete días han pasado. Cuatro por ocho. Ocho siluetas en el camino, son padres y madres que buscan a sus hijos. Cuatro por nueve. Nueve gritos en el camino.

Comprendo que las historias vienen de María, desde que llegó a la casa mis cuentos cambiaron.

-Mamá, ya no quiero que María esté aquí -le digo a mi madre al regresar de la escuela.

-Ya vas a empezar -se queja mi madre.

-Es que es muy mala.

¿Miento? ¿Estoy mintiendo? Seguro que es mala, porque ninguna persona buena llevaría historias así en su interior.

-No es cierto.

-Me pellizca cuando no te das cuenta.

Mamá suspira. Me explica con voz cansada que necesitamos a María: es demasiado trabajo para ella, papá nunca está, Rogelio es muy chico ¿y yo? Tampoco puedo ayudar, tengo escuela por las mañanas y tareas por las tardes.

-¡Y además estás ocupada con tus historias! -comenta mamá.

Si supiera que ya no me gusta inventar historias. Los cuentos me persiguen, me asustan. Aparecen en sueños o en la escuela.

Mientras mamá y yo hablamos, María arrulla a Rogelio, como él es tan pequeño no se da cuenta de que ella es toda

oscuridad. ¿Y si mi hermano se duerme en brazos de María y nunca despierta?

Debo sacarla de la casa. Mamá me explicó que algunos pecados también son delitos, como robar, puedes confesar y Dios te perdona, pero en la tierra te castigan. Como la vez que un jardinero tomó un dinero de papá.

María por su cuenta no robaría nada, voy a tener que ayudarla. Estoy a punto de hacer algo horrible, tan malo que a lo mejor es un pecado-delito y con la confesión no alcance. Ahora debe ser algo de papá, mamá guarda muy bien sus cosas, ella dice que la gente es buena, pero a veces se desespera y toma malas decisiones, por eso hay que evitar tentaciones, así la gente buena sigue siendo buena.

Pero papá deja su cartera y reloj a la vista. Rogelio ya se durmió y María riega las plantas. Entro a la recámara de mis papás y camino hacia el buró. Mi corazón late tan fuerte que me duele el pecho. Tomo un reloj de papá y entro a la recámara de María. "No lo hagas, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no." El reloj pesa en mi mano. ¿Lo pongo en el buró o lo escondo entre su ropa?

-¿Qué estás haciendo? -pregunta María.

El reloj se me cae, el cristal de la carátula se rompe. María se arrodilla y levanta el reloj.

-Recoge los pedacitos de vidrio -ordena.

-Pero...

-¡No discutas!

Me arrodillo, un pedacito de cristal se clava en mi rodilla.

Ya encontré uno, me duele, pero tengo miedo de quejarme. Le entrego a María todos los fragmentos que encontré, uno de ellos está manchado de sangre.

María arma la carátula como si fuera un rompecabezas, pasa su mano por el reloj y me lo regresa como nuevo.

-Ponlo en su lugar.

María es una bruja, voy a gritarle a mamá, pero en lugar de eso obedezco a María. Ella me toma mi mano y me lleva al patio.

-Haz como que estás quitándole lo seco a las plantas -me ordena.

Me tiemblan las manos y arranco una flor.

-¡Qué tonta eres! -protesta María.

Toma la flor y la coloca en su sitio.

-Por cierto, no soy una bruja -me aclara.

-¿Y las historias? ¿Y los muchachos muertos?

-No los maté, si eso es lo que te preocupa, tampoco vine a hacerte daño a ti o a tu familia.

-¿Entonces?

-Tienes un don, sabes contar historias y debes contar las historias de esos muertos.

-¿Y si no quiero?

-Necesitas escribir esas historias, debes anotar cada nombre y apellido.

María tocó la flor y se volvió polvo.

-Si no escribes los nombres de esos muchachos, serán polvo.

-Son muchos.

–No son tantos, son cuatro o tres.

–¿Si escribo sus historias dejaré de soñarlos?

–No, a veces escribir es abrir la puerta de una prisión y en otras ocasiones es invitar a otros a nuestra celda.

María fue a su cuarto y yo la seguí, abrió la caja de cartón y sacó una libreta de pastas negras.

–Aquí vas a escribir las historias de esos muchachos.

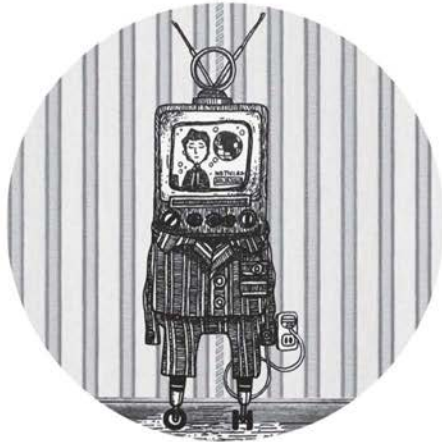
Vi que había más libretas en la caja.

–¿Para quién son?

–Tengo que entregárselas a otros como tú, otros que tienen el don.

Días después María se fue, pero no me dejó sola, me dejó con cuatro (o tres) muertos cuyas historias debo contar. No, no son fantasmas, son algo peor: son recuerdos.

Televisión en vivo



Paulino Ordóñez

Goyito despertó un día y, como siempre, lo primero que hizo fue ir al baño. Pero esta vez algo raro había pasado durante la noche. En el espejo, en vez de su cara de recién levantado, vio... ¡una televisión en pijama!

Su mamá se lo había dicho muchas veces: "De tanto ver televisión, te vas a convertir en una." Nunca pensó que podría ser cierto. Supo que no era una pesadilla cuando se encendió y volvió a verse en el espejo: Goyito tenía cara de noticiero matutino. Mejor se apagó. No había escapatoria, sus papás se darían cuenta. Se armó de valor y fue a avisarles de su transformación.

Su papá estaba leyendo el periódico. Su mamá preparaba el desayuno. Su hermanito jugaba. Era un día normal para todos, menos para Goyito. Al querer hablar, sus palabras se confundieron con otras que provenían de diferentes canales y programas:

-¡Mami, tenías -nueva aspiradora súper poderosa- razón!
-otro aumento a la gasolina-. ¡Ahora soy -no se pierda su te-
lenovela favorita- una televisión!

Cuando se les pasó el susto, se acercaron a Goyito.

–Viste mucha tele ayer, ¿verdad? –preguntó enojada su mamá, mirándolo como si fuera un bicho raro. Raro y culpable.

–Nada más desde que llegué de la escuela hasta que me quedé dormido... ¡ah qué buena medicina –aún hay más!

Su hermanito lo abrazó. Goyito se sintió tan triste que una lágrima resbaló por su pantalla.

Primero se había convertido en televisión, ahora tenía que soportar los regaños y reclamos de su mamá.

–¿Qué van a decir las vecinas? ¡Van a pensar que no te eduqué bien! Ya puedo oírlas chismear: “mira, ahí va la mamá del niño televisión...” ¡Qué vergüenza! ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que pasarme a mí?

El hermanito de Goyito, quien apenas estaba aprendiendo a hablar, volteó hacia sus papás, muy preocupado.

–¿Ahora? ¿Dónde? ¿Veré? ¿Las? ¿Cari? ¿Ca? ¿Turas? ¿En? ¿Mi? ¿Her? ¿Mano?

–Mira niño, estoy regañando a Goyito, así que mejor vete un rato a ver la... mmm... ¡la ventana!, ponte a ver por la ventana a checar que no vaya a venir alguna vecina...

–¡Tranquilos! Tengo una idea –dijo su papá, quien había estado examinándolo en silencio.

Goyito pensó que como muchas otras veces, su papá solucionararía el problema. Su papá siempre sabía cómo arreglar todo.

–A ver hijo, ven para acá –lo cargó y lo colocó sobre una mesa en la sala.

-Aquí hay lugar para ti.

Goyito no entendía cómo eso iba a ayudarlo a ser un niño normal otra vez.

-Vamos a extrañar tu forma anterior, pero somos tu familia y te aceptaremos seas como seas -aseguró su papá.

-Pero yo quiero ser el Goyito de siempre -champú para un cabello brillante y sedoso-, dijo con voz electrónica-. ¡Quiero mi vida de antes!

-Bueno, te voy a decir la verdad... es que... fijate que ya había estado pensando en tener otra tele... y en un rato más van a pasar el partido de futbol. ¿Sabes dónde estará tu control remoto?

Desde entonces, Goyito trata de tener siempre la mejor programación. Así logra que la familia esté unida. También, así mantiene a sus papás menos tiempo en la cocina y en la oficina, porque no quiere que su mamá se convierta en horno de microondas, ni su papá en computadora.

Ofrendas a la noche



Victor Olguín Loza

La desgracia que sucedió a Ruy cuando niño fue tan aterrador, que prefiere no recordarla. Los pormenores de la muerte de su madre permanecen como un recuerdo completamente vago, clausurado y bajo siete llaves en algún cajón recóndito de su memoria.

Ruy sabe que abrir semejantes recuerdos sería tanto como entrar en un hoyo negro, navegar en él con peligro de ser tragado y sucumbir en la locura.

Ha escuchado que todos llevamos en las constelaciones del cerebro algún hoyo negro como el suyo, y hacemos lo que sea por mantener nuestra conciencia lo más alejada de él. Hay quien les llama "nuestros demonios." Y también hay quien sostiene que, desde la penumbra en que se hallan, de algún modo marcan el tipo de personas en que nos convertimos. Incluso, tarde o temprano emergen de esas profundidades para causar estragos.

Ruy sabe de algunas personas que se aventuraron a tomar las siete llaves y a abrir tan tenebrosos cajones. ¿Cuánto valor se requiere para adentrarse en esas tinieblas y revivir

el dolor de eventos tan terribles como el que Ruy vivió? Los valientes que se atreven y lo soportan, al final se sienten liberados de las tremendas cargas que por tanto tiempo llevaron auestas. Lo viven como un auténtico renacer.

En alguna ocasión Ruy tuvo la oportunidad de enfrentar sus demonios. Pero le faltó determinación. Si algún día se armara del valor necesario, tendría que remontarse a aquel invierno de su infancia en que, a causa del extremo frío y los muchos padecimientos, su madre sufría en el camastro. Reviviría la angustia de no saber qué hacer a sus cinco años. Lo atormentaría de nuevo la ausencia de su padre que, como cada viernes, departía en la taberna con sus amigos luego de terminar su turno en la estación de bomberos.

–Enciende el calentador –escucharía la débil súplica de su madre.

–No sé hacerlo –respondería nervioso. Papá me prohibió tocar esa llave.

Y de inmediato lo agobiaría, como en esa ocasión, la duda, la ansiedad. Y resonarían interminablemente en su cabeza los quejidos cada vez más apremiantes, aunque cada vez más débiles de su madre.

–Por favor, hijo. Sólo abre un poco la llave del gas y enciéndele el cerillo.

¿Qué hace un niño ante dos situaciones igualmente graves que se le presentan como disyuntiva? ¿Correr el riesgo de manipular fuego y gas sin saber hacerlo? ¿O esperar rezando, con la esperanza de que las cosas terminen bien por sí solas?

Esa noche helada Ruy sollozó atormentado, lloró impotente sentado en el piso del corredor, implorando una y mil veces que su padre llegara.

Víctima de hipertensión arterial, artritis, dolores reumáticos, osteoporosis, su madre no paraba de quejarse en la habitación helada. Ruy temblaba al ver sus manos enjutas, temblorosas, y esquivaba la mirada de aquellos ojos secos. Aun con eso, el peor de sus males amenazaba directamente con colapsarle el corazón. Ya antes se había presentado semejante eventualidad, aunque no tan grave, ni en viernes. El padre siempre estuvo ahí a tiempo para hacerse cargo.

De decidirse, Ruy recordaría cómo pasaron los minutos y las horas. La madre gimoteaba exhausta, su voz perdía el aliento. Él no soportó más. Se acercó decidido y giró la llave. Pero al abrir la caja de cerillos la encontró vacía. Corrió a la cocina y se apresuró a acomodar una silla para alcanzar la alacena en busca de otra caja. No la encontró. Movi6 bolsas, cajas y frascos: nada. ¡La estufa! Bajó de un salto y encendió la hornilla. Hizo una rápida inspección de la cocina. Halló un periódico, le arrancó una tira. La encendió hecha rollo y con ella avanzó hacia la habitación. Justo antes de entrar irrumpió el estruendo y la gran llamarada. Ruy cayó al piso.

El fuego comenzó a devorar rápidamente cortinas y muebles, el instinto lo hizo correr aturdido y tembloroso hasta la cama de su madre.

—¡Mamá, mamá! —la llamaba angustiado. Levántate. Vámonos.

Se cansó de estrujarla. Ella no hacía más que mirarlo, los ojos y la boca muy abiertos. El humo llenaba la vivienda, escapaba por rendijas y ventanas. Ruy echaba mano de sus fuerzas infantiles en un intento desesperado por sacar de ahí a su madre. El fuego lo rodeaba mas él no cejaba en su propósito. Hasta que un jirón en llamas se desprendió y le cayó en la espalda: desistió de su intento y corrió tosiedo en busca de la salida. Se desplomó sin encontrarla. Al despertar en el hospital, se enteró de que su padre lo había salvado.

Por eso Ruy alcanzó la juventud abrigando sentimientos contradictorios hacia él. Lo amó por ser su padre, apreció que lo hubiera rescatado de las llamas. Pero también lo odió por haberle impedido irse con su madre. Preferiría haber muerto, antes que vivir con la culpa que anidó en su ser aquella noche. Su padre nunca quiso decirle en qué estado la sacaron, tampoco lo dejaron acercarse al ataúd, pero ha escuchado que en los incendios la gente suele morir carbonizada o derretida como muñecos de plástico.

En sus tiempos de preparatoria, Ruy acompañó a uno de sus amigos al rancho de la familia. Tras una jornada de desmonte, se prendió fuego al montón de arbustos y ramas secas. Ante la pira quedó absorto, hechizado por el crepitar y el chisporroteo. Tiró al centro su camiseta sudada y la vio consumirse. Imaginó a su madre en medio de las llamas, sintió el impulso de acercarse.

-Tú me la quitaste -murmuró.

Una extraña obsesión por el fuego convirtió a Ruy en lector asiduo de diarios, siempre en busca de noticias relacionadas con incendios, explosiones y accidentes ígneos. En el verano solía leer y releer las notas sobre incendios forestales, las miles de hectáreas consumidas y el pobre resultado de los esfuerzos humanos. A ese tipo de lecturas dedicaba la mayor parte de su tiempo. En la biblioteca leyó el mito de Prometeo y quedó impresionado por la osadía de éste que, siendo un semidios, tuvo el valor de entrar en el Olimpo y robar el fuego al mismísimo Zeus, con tal de entregarlo a los hombres. No le importó ser castigado y padecer atado a una piedra donde un águila le comía el hígado cada día.

En otros libros Ruy indagó de qué manera ardieron Troya, la Biblioteca de Alejandría y la Roma de Nerón. Pronto ganó fama de experto en el tema, tanto que en la preparatoria lo apodaron Mister Fuego.

En cierto verano fue de excursión con sus amigos a la montaña. Una vez montado el campamento, la algarabía lo fastidió, dejó el grupo, caminó hasta un lugar apartado y reunió las ramas suficientes para una fogata. Tal como se recomienda, rodeó el área con piedras. Batalló durante algunos minutos con el encendedor al que se había agotado el gas. Con la sola chispa porfió hasta conseguir un llama lánguida a la que en seguida protegió del viento. Por fin la fogata ardió satisfaciendo largamente el ánimo contemplativo de Ruy. Una hora después el poder atronador de las llamas menguó paulatinamente hasta tornarse silencioso en las brasas que se mantuvieron rojas

durante horas. Y cuando casi se extinguía la última, Ruy quitó una piedra del rodete. Un viento leve adivó por un instante la minúscula brasa, apenas lo suficiente para encender la punta de un zacate. La brasa se apagó, pero dejó en el tallo delgado un punto rojo que avanzó lento consumiendo las hojas pequeñas. Así se reencendió la minúscula llama que fue creciendo al pasar a otro zacate, a un tallo, a una rama, e inició el fuego en el bosque.

Tras de sí el crujido crecía y crepitaba. Rodeó el campamento antes de llegar, de modo que sus compañeros no lo relacionaron con el incendio. Llamaron de inmediato al puesto de emergencia. Cuando bomberos y rescatistas arribaron, el fuego ardía sin control. Tras la línea amarilla, a Ruy lo estremeció la ansiedad, una ansiedad inusitada, pues en ella latía el pavor al fuego, y a la par con el pavor, la admiración, el deseo de contemplar tanto esplendor, tanto poder. Lo poseyó un deseo irresistible de ir a él, de sentir tan cerca como le fuera posible el mismo calor que abrazó a su madre.

La excitación de Ruy duró tres días, los mismos que tardó en aplacarse el fuego del bosque. El recuento no dejaba de asombrarlo, sólo de recordar que una chispa insignificante y una brasita lánguida se habían traducido en varias miles de hectáreas carbonizadas. El esfuerzo de cientos de bomberos y rescatistas, con toda su experiencia y equipamiento no pasaba de insignificante. Si el fuego cesó, fue sólo gracias al equilibrio impuesto por el viento que cesó y la lluvia que descendió como un conjuro.

Se sabe que una persona con un defecto mayúsculo, en ocasiones, para contrarrestar lo malo en él, sublima su energía encausándola de manera constructiva. Se dice también que llevada por sus conflictos, una persona puede convertirse en aquello que más odia. Algo parecido sucedió a Ruy quien, tan pronto murió su padre, ingresó al Cuerpo de Bomberos. Ahí, gracias a su temple y arrojo ganó admiración y reconocimiento en poco tiempo.

Lo más notable de su popularidad se debió a las amenas charlas que ofrecía en escuelas, iglesias y orfanatos, al grado que Mariana, una estudiante de preparatoria, deslumbrada por el carisma del joven bombero, no descansó hasta conquistar su afecto.

Las jornadas de guardia en la estación, no obstante, imponían una rutina monótona. Las escasas salidas no daban para mucho: ancianas encerradas, gatos atrapados en el drenaje, niños que treparon en un árbol y el pánico les impidió bajar. Las prácticas en el campo de adiestramiento tampoco lograban entusiasmarlo. Apagar un fuego controlado de antemano le producía la sensación de domador que lidia con un tigre domesticado. Los simulacros lo hastiaban.

Ruy añoraba cada día con más fervor el momento en que pudiera verse cara a cara con el fuego indómito, el que se alimenta de su propia furia. Ansiaba desafiarlo con insolencia, sentirlo por los cuatro flancos, vérselas con él en su propio seno.

Por eso al dar sus pláticas algo lo intranquilizaba: cimentada su pasión en enfrentar el fuego, sus argumentos

y demostraciones terminaban en consejos y recomendaciones para anular tales oportunidades.

La boda de Míster Fuego con la linda chica recién graduada fue un acontecimiento en la comunidad. Y trajo días venturosos a la pareja.

-Tendremos hijos lindos -decía Ruy a Mariana y la besaba.

Las jornadas en la Estación, no obstante, acentuaron la rutina, y en ella germinó el tedio. Por lo demás, el amor colmó la vida de los esposos, aunque no más allá de lo que tardaron en descubrir su ineptitud procreativa.

-Por tu culpa no tendremos hijos -reprochaba ahora.

Como único consuelo, Ruy volvía a las escuelas con sus charlas, aun cuando los disgustos de su joven esposa se multiplicaban detonados por los celos.

El ánimo apesadumbrado lo condujo a la taberna: poco a poco lo atrapó la rutina de los viernes. Los problemas del trabajo se mezclaron con los de la casa y viceversa. Discusiones, gritos y algunos insultos se volvieron moneda de cambio en el hogar.

El incendio de una ferretería acaeció en su día de descanso. Ruy, que a media mañana pescaba en la laguna, fue llamado, dada la magnitud del siniestro. Se hablaba de varias explosiones y numerosas víctimas: una desgracia jamás vista. La excitación le llenó los sentidos, la ansiedad lo sacudía, mas la demora natural y el largo trayecto sólo le permitieron llegar a apagar ventanas y maderos humeantes.

Regresó agobiado por una especie de frustración que le duró días. El viernes dejó la taberna sólo para ir a maltratar a su mujer. Terminó por golpearla, lo que marcó el declive definitivo en la relación.

Los meses siguientes Ruy se dedicó con esmero a sus charlas, indiferente ante los celos de Mariana. Y el entusiasmo invertido en ello fue tal, que un grupo de niños se encariñó con él.

–El fuego suele ser un elemento al servicio de los humanos –les decía, si se le trata con prudencia. Pero si se trata con negligencia o se le deja solo, se convierte en un monstruo al que mueve una furia descontrolada, ansiosa por acabar con todo lo antes posible.

Hacia el fin de cursos los niños organizaron una fiesta. Anita, la hija del empresario más próspero en la ciudad anunció que sus padres, deseosos de halagarla por sus buenas notas, dejarían a su disposición la casa entera, de modo que la fiesta podía durar hasta el día siguiente.

–Abrígate bien –recomendaron a Anita sus padres antes de partir a su casa de campo.

A su llegada los niños se impresionaron con aquella casa que no conocían por hallarse a las afueras de la ciudad: una auténtica mansión, de aspecto antiguo y con amplios jardines al frente. La construcción, de gruesas paredes y pesados herrajes en ventanas y puertas, ostentaba una gran fachada y numerosas habitaciones por ambos lados. Así que algunos comenzaron a bromear:

–¿Creen que esté maldita o sólo encantada?

–¿Estará habitada por demonios o sólo por fantasmas?

Las bromas terminaron augurando que algo terrible sucedería esa noche y que probablemente todos morirían. A tono con sus bromas, un vientecillo helado rechiflaba travieso por aquí y por allá antes de convertirse en un chiflón violento y amenazador que iba y venía.

Entre tanto, en casa, Ruy pasaba malos momentos con su esposa. El fastidio había colmado sus vidas y arruinado su relación. Esta vez las acusaciones fueron más allá de todo límite, se lanzaron insultos que los hirieron como nunca. A los primeros golpes, Mariana corrió hasta la cocina y empuñó un cuchillo. En el forcejeo él acertó tres bofetadas. Pero ella respondió con dos estocadas: en el costado y en el brazo. Mariana dejó el hogar y en él a su esposo desangrándose.

En alarde de fortaleza física, Ruy se sobrepuso a la situación. Vació una botella de alcohol llevando el chorro de una herida a otra. Luego las vendó. Se recostó y permaneció contemplando el entorno de su habitación. El balance reprobatorio de su existencia le dejaba en la boca un sabor acre, y la insoportable incomodidad de estar solo consigo mismo.

Su vista quedó fija en la esquina donde se hallaba el calefactor de gas. Reparó en el frío del exterior. Entonces irrumpió en su mente un pensamiento que lo estremeció: “Mamá padecía a causa del frío –se dijo–, y murió calcinada.” Se hallaba absorto en esta contemplación cuando una falla en el suministro de energía eléctrica dejó todo en tinieblas. La presencia

del fuego cobró relevancia, la cálidez lo abrigó. Un viento frío, filtrado por la rendija, lo llevó a fantasear que la flama del calefactor se apagaba. Entonces no haría falta más que esperar unos minutos, quizá sentir un poco el frío tal como lo sintió su madre, arrancar al encendedor la más ínfima chispa. Y listo.

Un manto de fatalidad lo cubrió: el tedio en el trabajo, el matrimonio arruinado, la paternidad frustrada. Lo embargó un deseo intenso de acabar con todo.

En su fiesta, los niños habían aprovechado la inmensidad de la residencia para jugar escondidillas. Bailaron, cantaron y luego merendaron. Apenas oscureció, se abrigaron y salieron al jardín con sus globos de Cantolla. En la lejanía habían aparecido desde hacía rato algunos nubarrones que se arremolinaban. Los vientos cambiantes llevaban y traían un tufo helado, como el anuncio de una tormenta que no se anima a llegar. Aprovecharon para soltar sus globos, que se alzaban como luminosas ofrendas a la noche.

Uno tras otro los vieron elevarse y perderse en la violenta lejanía. El entusiasmo los poseyó en cuanto Anita trajo el último de sus globos, el más grande, laboriosamente decorado. Varios niños se ofrecieron para detenerlo, deseosos de contribuir de alguna manera a aquella ofrenda tan especial. Anita lo encendió, lo soltaron y se elevó unos metros, pero debido al peso quedó meciéndose a escasa altura. Algunos niños saltaban tratando de bajarlo. La esfera ascendía un poco, luego se detenía, bajaba y permanecía meciéndose.

La impaciencia hizo a los niños dejar aquel globo perezoso y regresar al interior de la casa. Ahora no deseaban otra cosa que divertirse en la sala de juegos. Los trece invitados subieron las escaleras del lobby, tras la anfitriona recorrieron apresurados el largo pasillo de la planta alta. Anita abrió la puerta del fondo.

En el ánimo de Ruy latía la fatalidad. Se dirigió a la estación de bomberos con el suplicio a cuestas. Quizá las bromas y alguna emergencia lo hicieran olvidar el mal momento. Se encontró con la novedad de que el comandante había faltado por prescripción médica. El chacoteo con que sus compañeros capoteaban la rutina los ayudó a relajarse.

-Voy por cigarrillos -anunció Fulano.

-Te acompaño para traer empanadas -lo secundó Mengano.

Ruy mataba el tiempo releendo entre líneas un libro. Sus colegas prefirieron jugar cartas.

Entre tanto, los niños disfrutaban ensimismados y distraídos con tantos juguetes que Anita tenía en su sala de juegos. A ello se debió que no advirtieran lo sucedido afuera con el globo de Cantolla abandonado. Tampoco la escasa servidumbre advirtió cuando el artefacto se elevó y, llevado por las ráfagas de viento voló hasta la ventana abierta de una de las habitaciones. Se atoró en los herrajes, pero las corrientes encontradas lo liberaron y empujaron al interior.

Cuando la mucama se asomó desde el ala contraria, el cuarto ardía y el fuego había llegado al pasillo. Corrió asustada.

Avisó primero a la otra mucama, luego a la cocinera y al jardinero. En el lobby, los cuatro intercambiaban miradas de susto y no atinaban a tomar una acción. La cocinera intentó usar el teléfono: las llamas habían quemado el cable que bajaba por el techo. La petición de auxilio llegó a la estación de bomberos gracias a un vecino.

En ausencia de sus compañeros, Ruy y otros dos bomberos se ataviaron con sus indumentarias, abordaron el camión y acudieron al llamado. Un bombero se dedicó a inspeccionar el edificio, el otro a preparar la manguera. Ruy entró por la puerta principal. Los sirvientes iban y venían ansiosos.

—¡Salgan! -les ordenó.

Ellos traspusieron la doble puerta y salieron hasta el jardín. Ruy cerró ambas puertas, de cada una corrió el cerrojo.

Del lobby subió por las escaleras a la planta alta. Entonces escuchó en el fondo del pasillo a los niños que gritaban y lloraban desesperados. El fuego se había extendido a varias habitaciones y avanzaba por el corredor consumiendo cortinajes, alfombra, muebles y cuadros.

Míster Fuego observó el pasillo en llamas, lo contempló con calma. Avanzó hacia él con paso firme, lo atravesó sintiendo el calor envolvente, soportando algunas quemaduras. Entró en la habitación donde se iniciara el fuego, cerró los herrajes de la ventana y volvió al pasillo. Llegó al fondo.

—¡Míster Fuego, por favor! -suplicaban los niños. Sácanos de aquí.

Inspeccionó la amplia sala de juegos y les ordenó entrar.

Los hizo reunirse en el centro. Juntó muebles y cuadros que dispuso en círculo.

Luego arrancó pesadas cortinas que extendió encima a manera de techo. Los cuchicheos nerviosos bajo el cortinaje oscilaban entre la confianza y la incertidumbre. Esperaron minutos eternos. Nadie osaba siquiera asomarse.

Ruy se despojó de casco y chaqueta. El crepitar del fuego lo rodeaba todo, a lo lejos se escuchaban algunas voces. Se cubrió con un par de cortinas. Abrió la puerta, y el fuego del pasillo vino a su encuentro. Ruy experimentó un alivio largamente anhelado en cuanto las cortinas ardieron. El fuego se extendió al interior de la sala.

—Míster Fuego, ¿qué pasa? —clamaban los niños.

La figura ya ardiente del bombero se aproximó.

—Mamá —balbuceó. Ahí están los hijos que no tuve. Ven por ellos.

—¡Míster Fuego, ayúdanos!

El calor lo envolvía todo. El crujir tan cercano arrancaba a los niños alaridos espeluznantes.

—¡Ruuuy! ¡Míster Fuego!

—Ven por ellos, mamá. Ven por mí. Ya no quiero estar solo.

Cuando en la sala no quedaba por arder más que el montón del centro, la figura incendiada de Ruy irrumpió en el escondite de los niños. Los abrazó amoroso, no escuchó sus gritos ni vio el pánico en sus ojos. Los sentidos lo abandonaron en el umbral del encuentro con su madre.

No podrás dormir. Antología de cuentos de terror terminó de imprimirse en agosto de 2017, en los talleres de Monterrey Arte Gráfico. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Editorial Universitaria.

NO PODRÁS DORMIR Antología de cuentos de terror

Ana Luisa Anza, Vicky del Río, Alba Nora Martínez, Víctor Olguín, Paulino Ordóñez, Gabriela Riveros Elizondo, Yarezi Salazar, Jorge Alberto Silva y Raúl Silva Mauricio

Nueve cuentos con fantasmas, sombras y muñecas misteriosas, pero también con objetos que tienen voluntad propia, pesadillas y recuerdos ajenos. Todos ellos tienen la advertencia de que no es a los muertos a los que debes temer, sino a la nada, al olvido, a los vivos. Nueve autores regiomontanos que te mantendrán volteando sobre tu hombro para ver qué fue eso que se movió detrás de ti.

